

Bô Yin Râ

EL LIBRO  
DEL  
SER HUMANO

Título del original alemán: «Das Buch vom Menschen»

Traducción al español:

Eduardo Cicari-Neumann en colaboración con Jan A. Schymura

Buenos Aires, 2010

Sobre la versión no modificada, nueva y ampliada de 1928,  
editada por Kober Verlag AG, Berna, Suiza.

Última revisión realizada en febrero de 2026.

Todos los derechos reservados.

Esta traducción está dedicada  
a los buscadores dignos de la verdad,  
con respeto y gratitud.

## ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	5
EL MISTERIO: «HOMBRE Y MUJER».....	10
EL CAMINO DE LA MUJER.....	21
EL CAMINO DEL HOMBRE.....	35
EL MATRIMONIO.....	41
EL HIJO.....	48
LA NUEVA HUMANIDAD.....	58
FINAL.....	66
¡ÚLTIMA ENSEÑANZA!.....	72

# INTRODUCCIÓN

«Desde el *ser humano* debes alcanzar a "Dios"; si no, "Dios" permanece para ti, por toda la eternidad —*un extraño.*»

Así escribí antaño en el «*Libro del Arte Real*» y no hallo mejor palabra para dar comienzo, hoy, a este «*Libro del Ser Humano*»...

Junto con el «*Libro del Dios Viviente*» y el «*Libro del Más Allá*», el «*Libro del Ser Humano*» ha de conformar una *trilogía*; pues, aunque cada uno de estos tres libros es completo en sí mismo y constituye una totalidad independiente, también guardan una íntima relación entre sí y, en muchos pasajes, se verá que se esclarecen mutuamente.

Mas tal mutuo esclarecimiento no hará sino *profundizar* el efecto de las palabras sobre el *alma*.

¡Llegue, pues, también el «*Libro del Ser Humano*» a manos de quienes ya conocen aquellos otros dos libros!

¡Que encuentre los corazones que de él tienen necesidad: las almas que estén prestas a acoger su contenido!

Aun siendo consciente de la gran cantidad de interpretaciones erróneas que lamentablemente tales palabras pueden producir, me veo inclinado a expresar claramente que también este libro fue escrito como cumplimiento de un compromiso asumido, en absoluta conformidad con los «Ancianos» de la comunidad espiritual a la cual pertenezco, y a la que debo todo lo que tengo para dar.

La enseñanza que aquí se comunica es el patrimonio milenario de aquellos a quienes, desde los tiempos primordiales de esta humanidad terrenal, les ha sido confiada la llama sagrada para su constante custodia; una llama cuya claridad emana de lo más íntimo de la «Luz Primordial».

Solo transmitimos lo que hemos *recibido*, *para que*, por nuestro conducto, *llegue* a quienes comparten este tiempo y a los que vendrán después.

No pretendemos en modo alguno ser los *autores* de esta enseñanza.

Tampoco se trata tanto de una «doctrina», sino más bien de la *comunicación* de una experiencia práctica en el mundo vivo del *Espíritu eterno y sustancial*, del cual procede cada alma humana en este planeta...

Así pues, también este libro, que trata del «*ser humano*», conducirá al mundo del *Espíritu puro y sustancial*.

Puede que a muchos les parezca una contradicción, por no haber reconocido aún que el verdadero *ser humano* es un «*fruto del amor*» entre lo masculino y lo femenino *en el puro Espíritu sustancial*, del mismo modo que su cuerpo animal-terrenal procedió de la unión erótica *corporal* del hombre y la mujer *en la Tierra*...

Pero quien quiera discernir al *ser humano* y, por ende, aprender a *conocerse a sí mismo*, debe dirigirse a la *patria* de la humanidad; debe dirigir su búsqueda hacia *aquellos* caminos por los cuales se asciende a la *elevada región* de donde procede el organismo *eterno* del verdadero ser humano, jamás aprehensible por los sentidos terrenales y solo reconocible por el *entendimiento* terrenal en los *efectos* de impulsos generados espiritualmente.

Mientras estemos ocupados únicamente en *la forma de manifestación humana en esta Tierra*, nos encontramos meramente ante un *animal* de naturaleza inarmónica — *inarmónica*, porque no busca vivenciarse solo como *ser biológico*, sino que evidentemente recibe impulsos vitales de *otras* fuerzas que no pertenecen a la criatura — *inarmónica*, porque estas fuerzas ajenas a su animalidad le *impiden* disfrutar su existencia con bienestar animal, libre del peso de culpa.

Ante todo, debe reconocerse y superarse el error de creer que *el ser humano* es únicamente la forma de manifestación a la que *en esta Tierra* designamos con el nombre de: «*ser humano*».

No se le puede reprochar a nadie en la Tierra —a nadie que «*conozca* a los seres humanos»— que solo tenga una sonrisa irónica para las elevadas palabras que califican al ser humano como «*imagen de Dios*»<sup>1</sup>, mientras el concepto vinculado a dicha palabra solo se refiera a *nuestra naturaleza terrenal*...

---

<sup>1</sup> Cf. «Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó» (Génesis 1:27, RVR).

¡En verdad: la sentencia sobre la «imagen de Dios» sería la más irrisoria necedad si quien la pronunció por primera vez *solo* hubiera pensado en el «ser humano» *de la Tierra!*

Semejante sentencia solo pudo ser acuñada por un *necio*, o bien por un verdadero *sabio* al que se le había revelado el conocimiento de la *naturaleza universal* del ser humano.

Lo que el concepto de «*ser humano*» debe abarcar, si es que realmente ha de incluir al *ser humano* y no solo a *una* de sus innumerables *manifestaciones* —tanto en el cosmos espiritual como en el perceptible por los sentidos *físicos*—, es lo que este «*Libro del Ser Humano*» te revelará.

Creo que *no* volverás a subestimar las palabras del sabio cuando hayas reconocido en ti lo que tengo que decirte...

Comprenderás entonces el sentido de aquella antigua sentencia consagrada:

«*A imagen de Dios lo crearon los Elohim*»<sup>2</sup>.

Ciertamente no buscarás ya al «*ser humano primordial*» en este planeta; reconocerás que aquello que hasta ahora *llamabas* así es, más correctamente, *un animal de los tiempos primitivos*, del cual se desarrolló el animal *más refinado* que hoy sirve al *ser humano* como portador e instrumento, para poder vivenciarse en el mundo físico.

Tampoco volverás a «*desesperar del ser humano*», pues todo lo que hasta ahora te parecía «despreciable», «pequeño» y «miserable» en ese ser te resultará comprensible como una consecuencia natural y necesaria *del animal terrestre*, que el verdadero «ser humano» intenta *utilizar* aquí como medio de manifestación, pero que a menudo le opone una resistencia mayor de la que él es capaz de superar en el reino del mundo físico.

Otras cosas aprenderás a comprenderlas como un inevitable «*fenómeno de fricción*» provocado por la interacción de fuerzas tan diversas.

---

<sup>2</sup> N. del T.: Génesis 1:27. El término hebreo «Elohim» es gramaticalmente plural y se utiliza en este contexto para referirse a las jerarquías creadoras o a la pluralidad de la unidad divina.

Pero tampoco volverás a soñar jamás con un «cielo en la Tierra», pues habrás reconocido que ni siquiera el *animal* —que debe estar al servicio del ser humano— podría encontrar aquí su «cielo»; y que el verdadero «*ser humano*» ya tuvo su cielo mucho antes de caer en el reino de la forma física, donde el «animal humano» debe prestarle sus fuerzas para que él pueda encontrar de nuevo el camino de regreso a ese cielo...

¡Bien por ti si, al final de estos tratados que ahora te confío, llegas a reconocer que tú también *provienes de la patria eterna del ser humano*, y que no eres simplemente el *animal* superior al que te hallas tan unido que, hasta hoy, apenas lo habías percibido como algo ajeno a ti que obra en antagonismo!

¡Bien por ti si entonces te yergues con todas tus fuerzas y, de ahora en adelante, solo aspiras a lo *más elevado* en ti, pues demasiado tiempo has estado revolcado en tus bajezas lodosas; demasiadas veces tus manos han buscado en lo incierto de abismos fangosos, sin poder encontrar allí aquello que creías asible!

¡Quiero verte *lleno de confianza en ti mismo*!

¡Ya no podrás despreciarte más en cuanto sientas —siquiera *vagamente*— que nada en ti es despreciable, salvo aquello que *tú mismo haces* despreciable por una *interpretación errónea*!

¡A partir de este día, ya no te *rebajarás ante lo vulgar*!

¡A partir de este día, ya *no aspirarás más a lo bajo de ti*!

¡Serás un «*insurrecto*» que se eleva hacia *lo alto*, apartándose del pegajoso barro de las transitadas calles cotidianas!

¡Con paso libre ascenderás por el sendero rocoso que, en tu interior, te conduce hacia tus propias cumbres nevadas!

Allí *te encontrarás a ti mismo* como el «*ser humano*» en *la patria del ser humano*.

EL MISTERIO:  
«HOMBRE Y MUJER»

En el eterno fondo primordial: en el *Espíritu* que eternamente se engendra a sí mismo y, en sí, a todo lo existente —profundamente oculto en la fuente de todo ser y de toda manifestación— descansa el misterio *del hombre y la mujer...*

Tendiendo puentes al entendimiento terrenal, se habla del «Espíritu puro» como del «*Ser absoluto*», a pesar de que tal «Ser absoluto» —eternamente en reposo, afirmándose solo en sí y para sí mismo— nunca *fue*, no *es*, ni jamás *podría* existir.

Quien equipara tal concepto auxiliar con la *realidad* misma, ha confiado demasiado en su propio *pensar* y está aún lejos de comprender que el intelecto jamás penetra más allá del límite de aquellas representaciones *sujetas* todavía a las leyes a las que el pensamiento debe someterse.

¡Mas la realidad del Espíritu puro es solo para *sí misma* su propia «Ley», y permanece inalcanzable para toda conclusión del pensar!

Abarcándose en sí mismo, el «*Espíritu puro*» *se crea a sí mismo* de eternidad en eternidad, *engendrándose y alumbrándose*, pues el Espíritu puro es: «hombre y mujer».

Mas «*hombre y mujer*» en el *Espíritu* continúan engendrando y alumbrando —desde su manifestación primordial, sin principio ni fin— *al ser humano* del Espíritu puro, y lo engendran y alumbran a su propia «imagen y semejanza», como «*hombre y mujer*», *unidos en la unidad primordial de naturaleza dual...*

Todo cuanto alguna vez llegó a ser manifestación —todos los soles y mundos del cosmos *espiritual*, así como del perceptible *físico-sensorialmente*—, *todo, todo* es «*creación*» de este «ser humano» *puramente espiritual*, engendrado desde el Espíritu, en tanto que es «*manifestación*»; y esta creación es, por consiguiente, testimonio también *del hombre y la mujer* en el Espíritu eterno.

*En una multiplicidad infinita —en una individualización infinita—* este primer «ser humano» del Espíritu puro es engendrado y alumbrado por el hombre y la mujer en el Espíritu; y *cada uno es eternamente creador*: engendrándose y alumbrándose eternamente en sí mismo, pues solo «*es*» en la medida en que *se manifiesta*, en el eterno engendrar y alumbrar, como «*hombre y mujer*»: como fuerza de polaridad masculina y femenina.

Lo que engendra y alumbró es «él mismo», es ser de su propio ser; aunque en una forma «más densa» y más pobre de luz, hasta que finalmente —en un remoto y continuo engendrar, ya muy distante del Ser Primordial— se engendra a sí mismo con una determinada «densidad» espiritual como «*manifestación*», alumbrando desde sí mismo todos los mundos que se revelan como manifestación.

Infinitamente múltiple es también la «manifestación» del ser humano de la Eternidad *en su creación manifiesta*; y cada representación que de él emana, continúa engendrando y alumbrando la siguiente forma de manifestación, *de un orden inferior*.

Existen niveles del «ser humano» en el cosmos *espiritual* —e incluso en el de los mundos de manifestación *física*— que al ser humano manifiesto *de esta Tierra*, si fuera capaz de percibirlos, le parecerían superiores a un Dios...

Mas el propio ser humano terrenal representa uno de los niveles *más bajos* de la manifestación del «ser humano».

En él, el «ser humano» engendrado primordialmente del Espíritu puro se ha unido a uno de los seres *menos libres* de su creación manifiesta —a la manifestación del *animal*.

Aquí, en el animal de la Tierra, el ser humano del Espíritu perdió la consciencia *de sí mismo*, y ahora solo se percibe con la consciencia de un animal refinado; una consciencia que solo recibe —a través de unos pocos y débiles rayos de la verdadera Humanidad en el Espíritu— aquella iluminación que eleva el sentir del ser humano terrenal por encima de la consciencia de los demás animales terrenales.

El «ser humano» estaría *perdido* en lo animal si, desde su engendramiento primordial, no se le hubiera transmitido su herencia a la Tierra, de modo que pueda recibir nuevamente la fuerza para acoger en sí mismo al luminoso cristal del puro *espíritu* —formado enteramente de luz—, al cual descubre en su propio interior como «*su Dios*».

Igual a un constructor de pozos que no desciende a la profundidad del pozo sin asegurar en un punto firme la cuerda que habrá de devolverlo a la luz, así tampoco el ser humano espiritual descendió a

su creación manifiesta sin la seguridad permanente de su continuo engendrar, gracias al «hilo de plata» de fuerzas radiantes desde su primer engendramiento en el Espíritu puro.

Solo gracias a las fuerzas que —debido a tal vínculo— le alcanzan aún aquí en la Tierra desde las alturas más elevadas, le es posible al ser humano terrenal *unirse* a su Dios en sí mismo y, en Él, elevarse desde la oscuridad y la noche hacia la luz y el resplandor.

*Sabiendo* de su elevada seguridad, una vez que *su Dios* ha «nacido» en él, puede aventurarse ahora libre de peligro en los abismos más profundos adonde su destino terrenal quiera enviarlo...

Pero todavía la mayoría de los seres humanos viven *sin* Dios en su naturaleza humano-animal, aun cuando sirven a un dios soñado fuera de este mundo.

Aún buscan a sus ancestros de los tiempos remotos *solo en este planeta*, ignorando que *el universo entero* le pertenece al ser humano, desconocen que los «seres humanos primitivos», cuyas huellas aún se encuentran en la Tierra, son solo sus ancestros terrenales «*maternos*», mientras que sus ancestros terrenales «*paternos*» —el elemento fecundante— solo pueden ser hallados en los reinos del *Espíritu*.

La liberación del ser humano espiritual de las ataduras que él mismo se ha anudado, solo podrá concretarse cuando, finalmente, se reconozca como apenas *una* de las mil *formas de manifestación* del «ser humano», y abandone el delirio de que él —*tal como se encuentra aquí en la pequeña Tierra*— es el único y verdadero «ser humano» —la *única* forma de manifestación.

Las palabras de los libros sagrados de tiempos remotos son la perdición de quienes creen en ellas, mientras el ser humano de la Tierra refiera solo *a sí mismo* —a la forma de manifestación humana en este mundo— todo lo que en esos testimonios de los Conocedores se dice sobre el «ser humano».

¡Hacia lo alto debe dirigir su mirada, pero no hacia un Dios externo, soñado por sobre las nubes, sino «hacia sí mismo» en sus formas de manifestación *más elevadas*, «hacia su origen»: el *Espíritu* puro que quiere cristalizarse de nuevo como «*su Dios*» en él!

Pero también a su verdadero Dios «*viviente*» el ser humano terrenal solo lo encuentra con dificultad, pues se ha acostumbrado a imaginar en su Dios únicamente al «*hombre*», mientras que su «Dios *viviente*» es: —«*hombre y mujer*».

La liberación solo le llega al ser humano cuando también la «*mujer*» en su Dios vuelva a hablar a su consciencia...

«Lo Eterno *Femenino* nos atrae hacia lo alto».

Que solo vea al «*hombre*» en su dios soñado es su *culpa*, es el abandono de las fuerzas del Ser Primordial: —un enredo en lo *femenino-receptivo* de su ser, —un abandono de lo *masculino-activo* en sí mismo.

La desarmonía ha de surgir por doquier allí donde lo «masculino» y lo «femenino» no actúen *unidos* en el cosmos.

¡No dudes en llamar a «hombre y mujer» también con otros *nombres*!

¡Siempre son los dos *polos opuestos* los que en su unión originan *vida*!

Positivo y negativo, activo y pasivo, engendrando y alumbrando, dando y recibiendo, expulsando y atrayendo, moviendo y siendo movido...

Y todo esto se une en un ciclo eterno, tal como la mujer en la Tierra se convierte en madre del hombre, y el hombre en padre de la mujer.

Y *no existe creación ni ser* en el cosmos, tanto espiritual como físico-sensorial —ni siquiera nada aparentemente «puro-masculino» o «puro-femenino»— en el que no se hallen *a la vez* «hombre y mujer», aunque sea en una amalgama mil veces diversa.

Incluso cada «*átomo*» tendría que «desintegrarse en nada» si en él no actuaran «hombre y mujer», engendrando y alumbrando constantemente.

Independientemente de cómo el investigador suele *clasificar* las potencias que ha descubierto en la parte más pequeña de la «materia»: se trata siempre de formas de las fuerzas primordiales «hombre y mujer».

Pero también a tu Dios «*viviente*» solo podrás esperar encontrarlo dentro de ti cuando lo busques tal como únicamente *puede* ser hallado: como «hombre y mujer». Y solo cuando lo «busques» sintiéndolo de esa manera, podrá él —desde lo masculino y lo femenino en ti mismo— conformarse en aquel «cristal» compuesto enteramente de luz, que entonces *unirá* ambos polos de tu propio ser en *su* esencia dual.

Se te ofrecerá una elevada ayuda desde tu hogar espiritual si te esfuerzas en buscar de tal manera...

Vive en esta Tierra, de forma invisible, *Uno* que es tal como era —uno nacido del primordial engendramiento paterno, del alumbramiento materno en el Espíritu puro—, un puro ser humano espiritual del más elevado ser en el eterno hontanar de la vida divino-espiritual.

¡Uno de aquellos que «hombre y mujer» en el Espíritu se engendran y alumbran a «imagen y semejanza»!

Pero también viven *otros* «seres humanos» invisibles en este planeta: «seres humanos» que son el *engendramiento continuo* de los engendrados primordialmente. Como tales, aunque están «ligados» en lo invisible a su propia creación manifiesta, permanecen en el «elevado resplandor», sin haber «caído» de la luz y la claridad, como el ser humano de manifestación *visible*.

Reconociendo la profunda necesidad del ser humano en su forma terrenal, procuran salvarlo tan pronto como él, de verdad, *quiera* dejarse salvar.

Ellos mismos obran bajo la conducción espiritual de *aquel invisible Uno engendrado primordialmente*, quien dirige todo lo espiritual en este planeta.

Una y otra vez, este círculo invisible de auxiliares espirituales, bajo la más elevada conducción espiritual, ha hallado a nuevos seres humanos terrenales a quienes pudo perfeccionar como instrumentos de su ardiente voluntad de socorro. Los convirtió en Maestros obrantes del más

elevado conocimiento terrenal-espiritual y en colaboradores de su obra de auxilio, puesto que ya antes de encarnar en el cuerpo terrenal se habían ofrecido para colaborar.

Sobre este «puente», absolutamente necesario para alcanzar a los buscadores que tantean en la oscuridad de esta Tierra, caminó y camina en todas las épocas el eterno y verdadero «ser humano» del primordial engendramiento en el Espíritu, hacia la caída continuación de su propio engendrar espiritual en la forma más alejada de la luz —el ser humano terrenal—, buscando a quién poder elevar y guiar de regreso a la luz.

Que sean tantos los que *buscan*, pero tan pocos los que llegan a *encontrar*, se debe a que casi todos lo hacen *en la dirección equivocada* y así, solo se sumen cada vez más en la oscuridad...

Cada fuerza actúa *en la dirección hacia la que ha sido enviada*.

Pero el ser humano terrenal, dominado por el «animal» que lo porta —de modo que toma lo terrenal-animal por su esencia y lo considera como su propio ser—, busca ahora *fuera* de sí lo que solo podría encontrar *en su interior*. Allí permanece siempre activa la conexión con los niveles superiores de su existencia a través del «hilo de plata» de fuerzas radiantes, que mantiene vinculado lo que realmente es «humano» en él con *toda la humanidad del Espíritu*.

Tampoco ningún ayudante de las regiones *espirituales*, ni ninguno de aquellos que viven *visiblemente en la Tierra* como «Maestros» del conocimiento espiritual para tender el «puente» al verdadero «ser humano» de la eternidad, puede alcanzar al buscador en su núcleo de consciencia *de otro modo* que no sea *desde su interior*, donde únicamente se ha de encontrar *lo verdaderamente humano*.

Solo *a modo de preparación* puede lo verdaderamente humano en el buscador ser también, por así decirlo, «llamado» *desde el exterior invisible*, a fin de que despierte a la instrucción y la iluminación interiores.

¡Toda búsqueda, por tanto, debe dirigirse hacia el *interior*, si es que ha de conducir al *hallazgo*!

Ni en monasterios del Tíbet, ni en lugares sagrados de la India, ni en círculos secretos de supuestos «sabios» se ha de alcanzar la «gran Iluminación», el «devenir Buda», sino únicamente en la más profunda soledad con uno mismo —con el verdadero «ser humano» en el propio corazón...

Ninguno de los muy pocos que aquí en la Tierra han sido perfeccionados como Maestros del Conocimiento Espiritual para brindar ayuda a sus semejantes podrá alcanzarte —aun cuando estuviera a tu lado— si tu consciencia no despierta *allí* donde solo tú puedes ser consciente de tu propia humanidad.

Ahora quiero seguir hablándote como a alguien que ha acogido en su interior, de buena voluntad, lo que hasta ahora he tenido que decirte.

¿Buscas ahora alcanzar en ti al «ser humano» de una forma de manifestación superior por medio de lo verdaderamente humano oculto en ti? —

¿Quieres, por lo tanto, elevarte escalón por escalón para volver a encontrar tu propio origen en el Espíritu puro? —

¿No quieres simplemente haber *escuchado* mis palabras como se escucha una fábula asombrosa, sino que deseas *actuar* sinceramente y con todas tus fuerzas conforme a ellas? —

Escucha, pues, lo que vengo a decirte:

El «ser humano» nacido del Espíritu —engendrado y alumbrado de «*hombre y mujer*» en el Espíritu —es «*hombre y mujer*», como ya has entendido.

En todos sus escalones descendentes hacia el ser humano terrenal, el ser humano espiritual de la eternidad solo podrá salir a tu encuentro como «*hombre y mujer*», y solo lo habrás de encontrar en tal unión dual tan pronto como tú mismo hayas sido encontrado en el Espíritu como alguien capaz de encontrar.

También el Maestro del más puro Conocimiento Espiritual que entonces se te envía —para que sea tu guía y ayudante en el Espíritu—, aunque no lo conozcas ni lo veas y solo sepas de él a través de un nuevo sentir, es: «*hombre y mujer*», pues lo único que de él puede alcanzarte es el ser humano *eterno* que en él, el ser humano terrenal, resucitó de la tumba.

¡Si buscas la Luz, sabe entonces que tu camino está protegido por los Maestros del Día Eterno, ante los cuales toda oscuridad en ti ha de retroceder!

Pero también debes saber *quiénes son* realmente estos Maestros y *dónde* alcanzarlos, porque *lo que vive en ellos para ayudarte no te es accesible en el exterior ni tampoco desde el exterior.*

¡Su manifestación externa en el mundo de lo sensible no puede ofrecerte la ayuda que necesitas!

*No los busques en la noche de la ignorancia*, allí donde el animal refinado —que sirve de vehículo al «ser humano»— yerra a su manera y confunde la apariencia con la realidad, ¡desesperado y atormentado por las dudas!

Aquí has buscado siempre hasta ahora y *no* has encontrado...

Ahora tendrás que buscar en *otro* lugar, aún *desconocido* para ti...

*Jamás*, mientras vivas aquí en la Tierra bajo el ropaje terrenal, alcanzarás una verdadera claridad sobre ti mismo hasta que hayas hallado en ti al «*ser humano*» de *engendramiento eterno*.

Pero no puedes hallarlo sin ascender, peldaño a peldaño, por la «*Escalera del Cielo*», cuyos escalones inferiores constituyen *seres humanos terrenales*, en quienes, no obstante, *el ser humano espiritual* es ya Señor y Soberano.

En vano buscarás la claridad final en los «*libros sagrados*», pues estos libros fueron escritos antaño solo para aquellas personas que ya habían alcanzado esa claridad, y solo debían ofrecerles guía en su camino por la vida en adelante.

En tales libros, el Maestro habla al alumno que ya está *unido* a él en lo más íntimo, y al que puede revelarse en un lenguaje familiar, pleno de significado simbólico.

Sin embargo, cuando un día hayas hallado en tu *interior* —en tu humanidad eterna— aquello que aún hoy buscas, muchos textos de la antigüedad comenzarán a hablarte con un lenguaje claro y comprensible, y *solo entonces* los «libros sagrados» serán también para ti de verdadera utilidad.

¡Pero *ahora*, primero debes buscar *solo en ti mismo*!

¡Sobre todo, cuando te digas «Yo» a ti mismo, debes comenzar a invocar no ya solo *al animal refinado*, sino *al eterno* «ser humano»!

¡Al «hombre y mujer» debes buscar en todo lo que está *en ti* y en lo que está *sobre ti*!

Ya seas *hombre* o *mujer*, sabe siempre que, *desde la eternidad*, tú mismo te has determinado *polarmente*, y que esta determinación polar no podrá cambiar por toda la eternidad, pero siempre requiere para sí *el polo opuesto*.

¡Lo *masculino* en tu espíritu no debe pretender oprimir a lo *femenino* en ti, así como lo *femenino* en tu espíritu no debe negar a lo *masculino* en ti!

Solo así, un día, volverás a unirte también en el Espíritu con tu polo opuesto original, en la misma unión espiritual que los unía *antes* de que la separación tuviera que consumarse por la «caída» desde el alto resplandor...

¡Busca del *modo correcto*, tal como te enseñé aquí a buscar, y un día te encontrarás a *ti mismo* como el «*ser humano de la eternidad*»!

¡En él, *en ti*, te elevarás por encima de todos los estadios intermedios, unido a tu *Dios* «*viviente*», hacia el estado original de tu *ser* primordial, aquel que solo por propia elección de voluntad entregaste al olvido de tu consciencia —engendrado del *Espíritu*, nacido en el *Espíritu*, *viviendo en el Espíritu eternamente* como «*hombre y mujer*»!

No *todo* ser humano llega a ser *consciente* en el mundo del puro *Espíritu* sustancial ya *durante* esta vida *ligada a lo animal*.

Son *muy pocos* los que logran plena consciencia en la región espiritual de la Tierra ya durante su paso por este mundo.

¡Pero *todos* pueden encontrar su vida *eterna* en sí mismos *ya* aquí, durante *sus días terrenales*!

Todos *deberán* algún día aprender a hallar esta vida *eterna* en su interior, aun cuando no la hubieran encontrado todavía al partir de este mundo exterior.

¡No podrás llegar a ser consciente algún día en el puro Espíritu, antes de que vivas en tu vida eterna, en ti mismo!

¡Solo en tu vida *eterna* podrás experimentarte *a ti mismo* como *el ser humano de la eternidad*!

Así pues, también para ti rige la palabra sagrada que el elevado Maestro dirigió a todos:

«*Sed perfectos, como vuestro Padre en el cielo es perfecto*»<sup>3</sup>.

Sin embargo, aquello que en ti pertenece solo *a la Tierra* no podrá alcanzar jamás la «perfección» aquí mencionada.

¡Solo entonces, cuando hayas hallado en ti tu vida *eterna* y vivas en *ella*, llegarás a ser «*perfecto*» como el «*Padre*» que está «*en el Cielo*», como *eterno engendrador en el seno materno del eterno alumbrar*: —fuerza original en el Ser Primordial, —«*hombre y mujer*»!

¡Antes de haber *alcanzado* lo que aquí se ha de alcanzar, no dejes pasar ni un solo día sin que este vea, al menos, *tu aspiración* hacia tal meta!

---

<sup>3</sup> Cf. «Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto» (Mateo 5:48, RVR).

## EL CAMINO DE LA MUJER

En aquella esfera más elevada del mundo de manifestación *espiritual*, donde la humanidad espiritual se engendra a sí misma por primera vez —todavía como manifestación *espiritual*—, el «hombre» y la «mujer» se encuentran aún estrechamente *unidos* en la unidad primordial de la percepción dual del «Yo».

Sin embargo, con cada nuevo engendramiento sucesivo, los mundos espirituales en los que este primer ser humano *espiritual* en manifestación se sigue engendrando, se vuelven «más densos» y más pobres en «Luz» primordial —pero siempre *permanece* la unión más estrecha de «hombre y mujer» en una manifestación dual común.

Finalmente llegado a su manifestación *espiritual* «más densa» —iluminado ya solo débilmente por la «Luz» primordial—, el ser humano espiritual de estas regiones tan lejanas a su primer engendramiento conoce ahora, por primera vez, los mundos de la formación *física*.

Pero aquí sucede que una nueva sensación —*el temor*— invade al polo *femenino* en él.

Temor ante las fuerzas formidables que el ser humano espiritual había dominado hasta aquí, pero que ahora ve obrar de un modo nuevo —tan ajeno para él, que ya no se atreve a dominarlas y, en consecuencia, pierde su poder...

Mas *detrás* del obrar de esas fuerzas que ahora le resultan *amenazadoras*, percibe *un nuevo mundo* poblado por seres que provienen de su propio poder en su *más elevada* manifestación espiritual —el mundo de la *percepción físico-sensorial*, de la manifestación que se experimenta *físicamente*.

El *temor* ante las fuerzas que ya no puede dominar, y la *atracción* que emana de las *formas* del mundo físico provocan finalmente que el polo *femenino* del ser humano en su manifestación espiritual rompa —*mediante un acto de voluntad*— el muro que aún le separaba del cosmos físico.

Irresistiblemente se le impone el conocimiento de la recién descubierta posibilidad de autoexperiencia inédita. Estremeciéndose de deseo en su interior, se produce su desprendimiento de la anterior forma de manifestación *hacia* la unión con el animal de la Tierra, al igual que un rayo que se desprende de la nube para unirse con ella.

Existen innumerables «tierras» en el espacio cósmico en las cuales el ser humano espiritual debe ahora vivenciarse de tal manera en el cuerpo animal: el cuerpo físico de aquel animal cuyos restos se conservan en este planeta desde épocas en las que *aún no* albergaba en sí al *ser humano espiritual*, aunque hoy se le suele llamar «ser humano primordial».

Con el desprendimiento del mundo de manifestación *espiritual* y la nueva ligazón al cuerpo animal, queda definitivamente consumada la «caída» desde el elevado resplandor.

El ser humano espiritual —que hasta aquí era «hombre» y «mujer», unido en una misma percepción del «Yo» y engendrándose de continuo hacia otros mundos espirituales— se encuentra ahora *desunido*. Esto se debe a que, en el mundo de manifestación *física*, los polos «hombre» y «mujer» se *separan inevitablemente* el uno del otro, puesto que este mundo solo se sostiene en la constante «*tensión*» resultante de la *separación* de ambos polos primordiales.

Es, en primer lugar, el polo *femenino* del ser humano espiritual de manifestación quien provoca esta «caída» y desea la existencia en la forma animal. Sin embargo, en los reinos espirituales nada puede subsistir allí donde *solo uno* de los polos —«hombre» o «mujer»— fuera operante; por lo cual, el polo masculino debe *seguir* simultáneamente a la «caída».

La *forma animal* que el polo femenino encuentra enseguida tras su «caída» —«creada» ya por seres humanos espirituales de la más temprana generación— *obliga* al polo masculino a desear para sí la misma forma:

*«Pero cuando los hijos de los Dioses vieron que las hijas de la Tierra eran bellas, las tomaron por esposas»<sup>4</sup>.*

¡Las *hijas* de los «*Dioses*» se han convertido ya aquí en «hijas de la Tierra»! ¡Los *hijos* de los Dioses las siguen!

---

<sup>4</sup> Cf. «...que viendo los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran hermosas, tomaron para sí mujeres, escogiendo entre todas» (Génesis 6:2, RVR).

De esta manera puede describirse, en términos terrenales, el proceso eternamente renovado que termina por atar al ser humano proveniente del mundo de la manifestación *espiritual* al mundo *físico-sensorial*.

No acontece sino un *cambio en el modo de percepción* —impulsado inicialmente por el polo femenino— que de inmediato *desune* la polaridad antes unificada para disgregarla en un polo femenino independiente y en otro masculino igualmente autónomo; un proceso adaptado a la división de sexos del animal humano terrenal, que solo en dicha separación puede subsistir.

La leyenda del Paraíso presenta a «Eva» siendo seducida por «la serpiente» para que ella, a su vez, seduzca a «Adán». Aunque este relato, tal como lo conocemos, no se haya transmitido en su forma original, todavía muestra con claridad que un sabio quiso legar a la posteridad su conocimiento sobre un proceso eternamente renovado —velado simbólicamente en un relato adaptado a la época—, en la medida en que esta posteridad conociera su lenguaje de símbolos.

Quien sepa leer en las líneas de este sabio encontrará también descrita la *consecuencia* posterior a la separación terrenal para el «hombre» y la «mujer» en las palabras que el iniciado pone en boca del «Señor» ante «Adán» y «Eva» —palabras que, con una distinción importante, distribuyen la medida de las *consecuencias* de la culpa.

En el proceso de la «caída» que se repite sin cesar —en cada caso particular— es el polo «femenino», pasivo por naturaleza, el primero en sucumbir a la «culpa primordial» a través del *temor*, y el primero en rendirse ante las *fuerzas de atracción* del mundo físico.

¡Pero de ningún modo está el polo masculino exento de culpa, ni es meramente la «víctima» de su unión con el polo femenino!

La «culpa» del polo «masculino» consiste en la *renuncia a la resistencia activa* dentro de la existencia dual, cuando el polo femenino se ve amenazado por el temor y la atracción.

Así sucede que ambos polos intercambian sus roles —una perversión espiritual en la que el polo *femenino* asume una actitud *activa* y el *masculino* una *pasiva*, lo cual hace inevitable la «caída» en el *mundo de la manifestación física*.

Sin embargo, lo *decisivo* como «culpa primordial» es únicamente el *acto de voluntad* positivo en el polo femenino.

Por ello, en la leyenda del «pecado original», vemos la «*maldición*» que recae sobre la humanidad en la «*mujer*» —a la cual le augura, en su forma terrenal, dolores, temores y penurias inevitables para el cuerpo físico-animal, además de la lucha constante con la tornasolada «serpiente» del modo de percepción *físico-sensorial*.

Al «*hombre*», empero, solo se le desvaloriza *esta misma forma de percepción* a través del anatema de la misma.

A él solo se le auguran el *esfuerzo y la pena* a los que está encadenada la existencia en su forma de percepción física.

Por ello, continuando con la leyenda, la palabra del «Señor» a la «mujer» en el ser humano:

«¡Estarás sujeta al *hombre*, y él será *tu señor!*»<sup>5</sup>.

¡Cuántas veces se ha *abusado* de esta palabra, tomándola como licencia para oprimir la individualidad femenina bajo el pretexto de esa potestad absoluta que aquí, supuestamente, se le otorga al *hombre* en el *matrimonio!*

Pero tampoco toda *burla* —risueña o indignada— puede borrar la gran *verdad* que aquel sabio consideró necesario remarcar con tal énfasis, al hacer que el «Señor» se dirigiera al hombre y a la mujer de forma imperativa.

¡En realidad, aquí se encuentra algo muy *diferente* de lo que imaginaron aquellos que —en esta revelación de la verdad apenas velada— buscaron leer una oportuna confirmación divina para el dominio del hombre sobre la mujer!

---

<sup>5</sup> N. del T.: Génesis 3:16 y Efesios 5:22. El texto alemán parafrasea el dictamen bíblico sobre la relación entre el hombre y la mujer tras la expulsión del Paraíso.

¡Aquí se muestra el camino hacia la futura *reunificación* de ambos polos —separados en lo terrenal— en el Reino del *Espíritu*, algo que solo puede realizarse mediante la *disolución* de la *perversión* espiritual de los polos que, antaño, fue condición previa de la «caída»!

¡Aquí se hace referencia a la ley espiritual que —en la medida en que esta requiera de antenas humanas— solo *puede* servirse del *hombre* aquí en la Tierra para volver a hacer perceptible la «buena nueva» del *Ser Humano de la Eternidad* al *ser humano terrenal*, errante en la «oscuridad», y transmitirle las fuerzas necesarias para su regreso a la «Luz»!

Aún portan el hombre y la mujer, en este mundo de manifestación terrenal, las últimas huellas de la antigua *alianza* de los polos en su interior.

En la mujer de esta Tierra vive aún algo así como un «recuerdo» de que, en tiempos remotos, su «Yo» se hallaba también espiritualmente en el «hombre» —en un polo *masculino*—, y el hombre de esta Tierra puede aún descubrir en sí mismo la misma huella de su antigua unión con la «mujer» —con un polo *femenino*—.

Todo anhelo de unión de *almas* entre el hombre y la mujer en esta Tierra se basa solo en aquello que, de tal modo, aún sabe en el hombre de la mujer y en la mujer del hombre.

Incluso el poder inaudito de la atracción *sexual* —propia de la corporeidad animal en ciertos individuos de ambos sexos— *no* podría llegar a manifestarse en el ser humano de la Tierra si las resistencias *ánimicas* correspondientes no se hubieran *reducido* al mínimo mediante un «recuerdo» del alma —un último atisbo— de la antigua *unión* polar.

Ningún «*entendimiento*» de *almas* entre el hombre y la mujer en el cuerpo terrenal sería posible sin aquello que aún sigue obrando en la *mujer* desde su antigua unión con el *hombre*, ni sin lo que aún se conserva en el hombre como efecto del polo *femenino* que antaño estuvo unido a él.

Sin embargo, no *todos* los «seres humanos» en forma de manifestación *espiritual* han sucumbido a la «caída» —a la *desunión* de los polos—.

De los *no desunidos* que habitan en la región *espiritual* de la Tierra —los *no caídos*— emana incesantemente la ardiente voluntad de salvación guiada por el amor, la cual solo conoce un objetivo: reconducir a los caídos en la forma de manifestación *físico-sensorial* hacia el estado *espiritual* primordial.

Son estos *no desunidos*, y *solo ellos*, quienes crean para sí en la Tierra —de entre aquellos ya comprometidos antes de nacer— a esos «despiertos» llamados Maestros del Conocimiento Cósmico.

Estos *no caídos* eligen para sí, con elección certera, de entre la humanidad terrenal a aquellos hombres en quienes reconocen lo *espiritual* que antaño se comprometió con ellos —a aquellos hombres que ahora pueden llegar a ser sus «Hijos» y «Hermanos», y los perfeccionan hasta convertirlos en «Radiantes» de la eternidad.

Estos invisibles seres humanos de polaridad dual en su manifestación *espiritual* habitan —como lo atestigüé ya varias veces— en la *región espiritual de esta Tierra*, bajo la elevada y amorosa guía de uno de los «*seres humanos*» *espirituales* engendrados primordialmente —uno de aquellos *elevados* Sublimes que permanecen siempre en el *Espíritu puro* y que *jamás* anhelan seguir engendrándose ni siquiera en los mundos de manifestación *espiritual*.

Según la eterna ley *espiritual*, solo el polo *masculino* del ser humano *espiritual* —que en la Tierra se experimenta en el cuerpo animal— está capacitado para entrar *conscientemente* en la región *espiritual* de la Tierra, donde habitan los «*no desunidos*» como ayudantes del ser humano terrenal.

Por tal razón, jamás podría una *mujer* de la Tierra —la encarnación del polo *femenino* del ser humano *espiritual*— ser perfeccionada como un Maestro del Conocimiento Cósmico, e igualmente es imposible que un verdadero Maestro, mediante la transmisión *espiritual*, convierta a una mujer en su «hijo» adoptivo en el *Espíritu* o le imparta una verdadera Iniciación, pues todas estas formas de *espiritualidad activa*, alejadas de toda arbitrariedad, presuponen el polo *espiritual activo* en el ser humano terrenal.

La «mujer» —como el *separado* polo femenino pasivo del ser humano de manifestación *espiritual*— carga ahora en su existencia terrenal con la consecuencia de *su impulso de voluntad hacia la encarnación en el mundo físico*, por el cual debió suceder necesariamente la *separación* de los polos «hombre y mujer».

También el encarnado polo *femenino* puede ser «elevado» a la región espiritual de la Tierra durante la existencia terrenal —sin embargo, solo de forma *pasiva*, según su naturaleza—, *sin* alcanzar *consciencia* en aquella región, lo cual no excluye, de ninguna manera, la recepción de influencias espirituales mediante la acción espiritual polar masculina.

En cambio, el *hombre* en esta Tierra —como encarnación de un polo espiritual *masculino*— conserva su fuerza espiritual *activa* aun en el cuerpo *animal*, aunque solo en los casos más excepcionales, ya mencionados, pueda ser liberada de su latencia, ya sea plena o parcialmente.

Tal liberación solo es posible mediante los ayudantes liberadores —los *no desunidos* en la *región espiritual* de la Tierra— a través de quienes dicha región se vuelve activamente experimentable para el espíritu masculino, ya sea en una consciencia *plena* o al menos *parcialmente* despierta.

El espíritu masculino activo no podría alcanzar la consciencia sin el equilibrio de la polaridad *femenina*, a pesar del «despertar» previo —ya sea *total*, *parcial* o *temporal*— provocado por los ayudantes. Por esta razón, desde las alturas del Espíritu eterno e informe de la «Luz Primordial», que es *a la vez* «Hombre» y «Mujer», emana un rayo de naturaleza *femenina* que se funde con su «Yo» para otorgarle la necesaria perfección espiritual.

Dudo que el poeta *desconociera* este proceso cuando, en su día, le fue dado formular las palabras:

«Lo Eterno Femenino nos atrae hacia lo alto»<sup>6</sup>...

Si bien lo *Eterno Masculino* puede *elegir* al espíritu femenino a regiones espirituales, *no* es posible que este alcance allí la *consciencia* durante la encarnación terrenal.

---

<sup>6</sup> N. del T.: Johann Wolfgang von Goethe, Fausto II (1832). Verso final del «Chorus Mysticus».

Debido al *acto de voluntad de aspirar al mundo de la manifestación físico-sensorial* —y la consiguiente inversión de su naturaleza *pasiva* original en pura *actividad*—, el polo femenino del ser humano espiritual renunció a la fuerza que habría podido liberarlo de nuevo de esa forma de percepción elegida.

Esta fuerza, paralizada por tal acto de voluntad, ya no puede ser restaurada durante la vida terrenal.

Mas aquellos que —como Maestros del Conocimiento Cósmico— se convirtieron en «constructores de puentes» para los *no desunidos* de la región *espiritual* de la Tierra, buscan liberar tanto al *hombre* como a la *mujer* de su servidumbre terrenal...

Podrán lograrlo en cuanto consigan primero impulsar al ser humano terrenal —ya sea hombre o mujer— a que busque unificar sus fuerzas del alma completamente con su «Yo» *espiritual*.

Solo entonces puede el «Dios viviente» volver a «nacer» en el ser humano de la Tierra.

Solo entonces volverá a erigirse la «escala del cielo», sobre la cual ascienden y descienden «los ángeles», y que se extiende desde esta Tierra hasta *alcanzar* la eterna «Luz Primordial», de la cual procede lo *espiritual* del ser humano terrenal.

Los caminos que muestro no están cerrados ni a la mujer ni al hombre.

Sin embargo, hablo *además* de un camino que *a veces* un *hombre* es llamado a recorrer, mas *nunca* una *mujer*.

Me refiero al adentrarse activo y consciente en la región espiritual de nuestra Tierra —aún *durante* la vida terrenal— como una posibilidad que se le ofrece al hombre, aunque solo en raras ocasiones.

A la *mujer* —es decir, a *toda* mujer en esta Tierra que, ya sea sabiendo o solo intuyendo, recorra caminos semejantes a los que muestro— le será otorgada la fuerza para su propia elevación consciente al mundo del Espíritu tras una vida terrenal bien empleada. Esto sucederá por medio de uno de aquellos Maestros a quienes lo «Eterno Femenino» ya había «atraído hacia lo alto» durante

su existencia en la Tierra, y que, aún tras la muerte de su cuerpo físico, permanecen cerca de este mundo brindando su ayuda desde allí.

El elevado Camino de la Mujer —que, no obstante, no queda reservado exclusivamente a la mujer— es, por tanto, un camino *indirecto*, mas, al igual que el camino directo del hombre (alcanzable solo para unos pocos), conduce de regreso *a la unión espiritual* de «hombre» y «mujer». Esto lleva, a su vez, a una vida autoconsciente en los mundos de la «manifestación» *espiritual*, situados *muy por encima* del «Más Allá» —ese estado en el que todo espíritu humano se encuentra de inmediato tras la muerte de su cuerpo terrenal, incluso *sin* haber aspirado a ello—: *más allá* de la forma de percepción de los sentidos físicos *externos*.

Pero la mujer de la Tierra buscaría en *vano* —en este mundo— a uno de los Maestros del Conocimiento Cósmico para que, ya *durante su vida terrenal*, le procure la entrada al mundo del Espíritu.

Incluso aquellas santas mujeres que antaño sirvieron al Maestro que los Evangelios describen encontraron —solo *tras* completar su vida terrenal— en Él al ayudante que podía *abrirles* el Reino del Espíritu, después de que Él mismo hubo abandonado su cuerpo terrenal.

Antes no lo «reconocieron» y lo tuvieron por el «jardinero» de jardines terrenales...

Fue una palabra dura la que este Maestro del Conocimiento Cósmico dirigió incluso a su propia *madre* al decir:

«Mujer, ¿qué tengo yo que ver contigo?»<sup>7</sup>.

Sin embargo, esta palabra es pronunciada desde la manifestación terrenal de *todo* aquel unido al Espíritu, y es válida para *toda* mujer que busca —aquí en la Tierra— la ayuda que el obrante en el Reino del Espíritu sustancial solo podrá concederle *cuando* él mismo se haya despojado de su vestidura terrenal:

«Cuando sea *elevado de la Tierra*, atraeré *todo* hacia mí»<sup>8</sup>.

---

<sup>7</sup> Cf. «Jesús le dijo: ¿Qué tienes conmigo, mujer? Aún no ha venido mi hora» (Juan 2:4, RVR).

<sup>8</sup> Cf. «Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo» (Juan 12:32, RVR).

Impulsos primigenios de la añoranza femenina han conducido, con demasiada frecuencia, a las almas femeninas a buscar a su Maestro por caminos erróneos donde el delirio engañoso —debido a una dramática división de las propias fuerzas del alma— las llevó a encontrar al supuesto «maestro», que no era más que un producto de una fantasía plástica desbordante...

En realidad, la «mujer» de la Tierra ha anhelado con demasiada frecuencia al «hombre» de la Tierra, mientras creía piadosamente estar aspirando a un contrapolo en el Espíritu eterno, hacia un «Krishna» o un «Jesús».

Ya sea que, con el más íntimo fervor devocional, se abrace al «*amado del alma*», o que, ávida de compasión, se reviva y sufra con estremecimiento *la vida y el martirio* del aludido, se tratará siempre de un delirio febril causado por una división del alma —por muy sublimes y conmovedoras que se presenten las manifestaciones de este delirio, y por mucho que la experiencia afecte incluso al cuerpo *físico*, estimulando a menudo fuerzas del mundo *físico* invisible que provocarían espanto si se conociera su verdadera naturaleza.

Solo cuando la mujer de la Tierra sea *liberada* de nuevo del cuerpo terrenal antaño anhelado —*tras una vida orientada a alcanzar nuevamente el ser en el Espíritu*, en configuración *espiritual* y con las fuerzas del alma bien unificadas, colmada de su *Dios «viviente»*—, solo entonces podrá esperar que se le acerque un Maestro en forma *espiritual* que le restituya lo que anteriormente, como polo femenino del ser humano espiritual, debió abandonar allí donde ocurrió la paralización de su fuerza debido a la inversión de la dirección de su anhelo...

Pero entonces también encontrará con toda seguridad a su contrapolo espiritual, con el cual estuvo unida antaño y junto al que, unida eternamente de nuevo, volverá a representar al ser humano espiritual «consumado» —percibiéndose a *sí misma* en su «Yo» y, *a la vez*, en ese mismo «Yo», a su contrapolo *masculino*.

Lo mismo se aplica al *hombre*, a menos que —por medio de su «árbol genealógico del alma», es decir, las fuerzas del alma de los tiempos antiguos unificadas en él tras su ofrenda espiritual como ayudante de los Radiantes en la Luz Primordial— ya portara en sí *desde el nacimiento* la capacidad para ser perfeccionado como Maestro del Conocimiento Cósmico; o que, al menos, llegara a despertar en la Tierra de tal modo que un Maestro pudiera aceptarlo como «Hijo» espiritual e iniciarlo *mediante la transmisión* de la capacidad de vivencia espiritual.

Pero también quien haya *nacido* para ser Maestro, o quien haya sido *adoptado* como «Hijo» espiritual, *solo podrá aprovechar realmente* la posibilidad espiritual concedida si siempre *cumple* fielmente y sin vacilar aquello que le es indicado por quienes le enseñan espiritualmente.

¡La jerarquía del Espíritu no conoce arbitrariedad alguna!

En tanto «hombre» y «mujer» vivan encarnados en cuerpos de animalidad terrenal aquí en la Tierra, se encuentra cada cual exactamente en *aquel* lugar que es *capaz* de ocupar —y solo se le otorga a cada ser humano aquello para lo cual se *hizo* espiritualmente apto.

Pero si aquí he de hablar del «Camino de la Mujer», entonces debo señalarle a la mujer en su manifestación terrenal una *distinción* particular en su sendero —incluso en aquel tramo que es transitable de igual modo tanto para el hombre *como* para la mujer.

El *hombre* que emprende el «camino» se acercará, sin duda, más rápido a la meta si su actitud permanece *activa*, siempre «*aspirando*» al objetivo que desea alcanzar.

A la mujer, sin embargo, le recomiendo en su lugar la actitud del *anhelo lleno de fe* —una actitud que *aspira* a la meta, pero que *no* intenta «asirla» con fuerza, sino que, más bien, se deja guiar hacia ella de manera *pasiva*.

Este consejo emana de una sabiduría ancestral basada en la experiencia, y su cumplimiento —si se comprende correctamente— puede facilitar enormemente, tanto al hombre como a la mujer, el alcanzar la meta...

El «Camino de la Mujer», así como el del hombre, es un camino de regreso al estado primordial en el mundo de la manifestación *espiritual* —antes de que el ser humano sumergiera sus sentidos *espirituales* en los sentidos *físicos* del «animal» y, de ese modo, los incapacitara para percibir lo espiritual.

A través de la inversión de su naturaleza espiritual pasiva en una aspiración *activa*, el polo femenino ha paralizado y anulado por *sí mismo* su fuerza primordial.

Allí donde se trate de recuperarla algún día, será necesario volver a adoptar, por libre voluntad, el modo de aspirar primordial.

¡Tanto en la mujer como en el hombre de esta Tierra, el Dios «viviente» quiere nacer —ya aquí, durante esta vida terrenal!

El «camino» que he mostrado en sus diversas formas en el primero de estos tres libros —el «*Libro del Dios Viviente*»— es válido para *todos* los seres humanos de esta Tierra, tanto para el «*hombre*» como para la «*mujer*»; y lo que dije de la elevada guía espiritual, sobre la voz del guía y sobre el auxilio de los Maestros obrantes en lo espiritual, es igualmente válido para la «*mujer*» y para el «*hombre*».

¡Que nadie se equivoque ni crea que en mis libros solo pretendo mostrar las posibilidades de desarrollo espiritual de unos pocos elegidos —como si se tratara únicamente del camino del «discípulo» y «consagrado» espiritual, o incluso solo del camino de los Maestros del Conocimiento Cósmico!

Todo lo que muestro y debo mostrar de tales caminos —solo señalando a lo lejos— está siempre indicado de modo que no quepa duda alguna.

Digo con la frecuencia necesaria que *estos* caminos —verdaderamente muy arduos— *no* son transitables *para muchos*, y solo se abren a aquellos hombres que han *nacido* para ellos...

Llegado a este punto, he tenido que hablar de muchas cosas que conciernen *tanto* al hombre como a la mujer, pues de otro modo no podría mostrarse en qué medida el camino de la mujer se diferencia de aquel camino *no* compartido —abierto únicamente al *hombre*—, siempre que este sea un «Radiante» de la Luz Primordial o un llamado a ser *discípulo*.

Aunque el Camino de la Mujer *aquí* en la Tierra *no* pueda alcanzar esa suprema cima que le es posible escalar, ya *durante* su existencia terrenal, al hombre nacido para ser uno de los Maestros del más puro conocer, dicho camino conduce, no obstante, al mismo fin. Esta meta consiste en el despertar al mundo de manifestación del *Espíritu* —el nuevo nacimiento del ser humano *espiritual*, que es a la vez «hombre» y «mujer», en la más dichosa y eternamente inseparable unión dentro de una común percepción dual del «Yo».

Todo lo espiritual alcanzable para el *hombre* le será también un día, *a través* de él, nuevamente accesible a la *mujer*.

Entonces, el polo *masculino* del ser humano espiritual atrae tras de sí al *femenino*, igual que antaño el polo femenino atrajo al masculino hacia la existencia en su forma de percepción *físico*-sensorial...

## EL CAMINO DEL HOMBRE

Después de lo que hasta ahora he dicho sobre el «Camino de la Mujer», resulta casi superfluo hablar específicamente del «Camino del Hombre».

En la gran mayoría de los casos, el camino no será esencialmente distinto para el hombre y la mujer, a pesar de toda la diferencia espiritual de los polos. Solo el *modo* de *recorrer* dicho camino puede ser diferente en el hombre al de la mujer.

En la medida en que el hombre, como «hombre», ve ante sí un tramo del camino que *nunca* estará abierto a la mujer encarnada en la Tierra, se trata solo de aquel sendero elevado, al que únicamente pueden acceder los pocos que han *nacido* para obrar con plena consciencia en las regiones del Espíritu ya en esta vida terrenal.

Se trata del *último y más elevado* tramo del camino de esos pocos por el cual, de todos modos, los demás no los seguirían —ni hombre ni mujer—, aun si les fuera posible mientras todavía vivan *en la Tierra*.

¡Sería *la más vana presunción* que un hombre en esta Tierra, solo por ser «hombre», creyera en un «*privilegio*» espiritual especial y, tal vez, menospreciara a la mujer como potencia espiritual respecto a sí mismo!

Digo deliberadamente «como potencia *espiritual*», pues me refiero aquí al *Espíritu* eterno, y *no* al *intelecto* ni a la facultad de *pensar*, que no son sino resultados del cultivo terrenal.

*¡En el Espíritu no existe diferencia de valor alguna entre el polo masculino y el femenino!*

*¡La pasividad femenina y la actividad masculina se hallan presentes en el ser humano espiritual, desde un principio, con igual poder y fuerza!*

Aquellos pocos que, durante su vida terrenal, poseen realmente una «pre-rrogativa» espiritual frente al polo femenino del ser espiritual encarnado en la Tierra, han sido conscientes en todo momento de su elevado deber de ofrecer a la «mujer» una ayuda *especial*. Ello se debe a que, por el impulso hacia la encarnación física que de ella emana, esta ha quedado —tras la «Caída»— en una situación *más difícil* que la del hombre.

*Ninguno* de ellos ha *valorado* jamás a la mujer como *inferior* al hombre, ni mucho menos ha *despreciado* al ser femenino.

Aun cuando uno quiso, con duras palabras, dejar claramente diferenciada su relación *terrenal* con una mujer de la Tierra de su esencia *espiritual*, quedó demostrado para cada uno de aquellos que poseyeron la llamada prerrogativa —*tanto ante hombres como ante mujeres*— que para él la *mujer*, aun en su encarnación terrenal, era verdaderamente digna de una *profunda veneración*...

En el espíritu de cada uno de estos pocos que lograron la perfección, existe —desde el momento mismo de su consumación— no solo el polo *masculino* de su manifestación espiritual, sino *unido a él* —en sustitución de aquel contrapolo femenino que habrá de ser recuperado en el futuro— ese rayo de *polaridad femenina* de la eterna *Luz Primordial*, el cual faculta al espíritu humano masculino para despertar de nuevo a la consciencia en los mundos de la manifestación espiritual: lo «*Eterno Femenino*».

¿Cómo *podría* jamás un ser humano de tal índole —aun cuando en su vida terrenal, *condicionada* por lo *animal*, solo encarne el polo *masculino*— valorar en menos al espíritu *femenino* —al cual siente en su naturaleza espiritual *unido* a su espíritu polar masculino *en un mismo «Yo»*— que al espíritu del hombre?

El «*Camino del Hombre*» exige de aquel que se adentra en él, *ya* desde el *comienzo*, una voluntad seria y bien templada para comprender la naturaleza femenina.

Aquel hombre que *carezca* de esta voluntad *jamás* alcanzará la meta que le sería alcanzable...

La *mujer*, en la medida en que ha reencontrado su naturaleza *pasiva*, se siente mucho más inclinada a reconocer de *buen grado* —e incluso, a menudo, con *admiración*— la condición propia del hombre.

La naturaleza *activa* del *hombre*, por el contrario, puede con demasiada facilidad precipitarlo en un «delirio de grandeza», de tal modo que ya no ve en la mujer a «*un otro*» de *igual* valor, sino a un ser *inferior*.

¡Aquí se encuentra un peligro no pequeño para más de un hombre que desea recorrer el «Camino del Hombre»!

Más de uno se *cree* en su camino, se cree ya sumamente «espiritualizado» y piensa haber ganado el *derecho* de mirar con desprecio —desde su soñada grandeza— a la mujer, mientras que, de ese modo, se priva de toda posibilidad de alcanzar el Espíritu.

Sin embargo, aquel hombre que haya *captado* realmente que es el *Eterno Femenino* el que lo atrae hacia lo alto desde los primeros pasos en su camino espiritual —aquello que fluye desde las más elevadas jerarquías espirituales hasta descender a sus ayudantes espirituales encarnados para alcanzarlo— estará ciertamente *a salvo* del peligro de considerarse, como hombre, superior a la mujer...

Dará a la mujer lo que es de la mujer, y al hombre lo que es del hombre<sup>9</sup>, sabiendo que el ser humano de los mundos de manifestación espiritual *solo* podrá resurgir en una perfección perdurable cuando lo masculino y lo femenino se *unan* de nuevo en un solo ser espiritual, en el cual se vivencia *a sí mismo y a su contrapolo* dentro de su propio «Yo».

El falo y la yoni *unidos* ya mostraban al sabio de la antigua India esta verdad en el símbolo; mientras que el falo o lingam, *por sí solo*, como órgano físico correlativo del *hombre*, simboliza aquella fuerza que, a partir *del hombre nacido para ello*, engendra al Iniciado y al Maestro del Conocimiento Cósmico...

También la *cremación de las viudas* en aquellas tierras —que originalmente no era sino el cumplimiento de la voluntad, religiosamente determinada, de la esposa sobreviviente— solo puede comprenderse como el triste vestigio de una verdad espiritual percibida ya de forma distorsionada y deformada, proveniente de la tradición de tiempos más remotos aún. Se trasladó a lo más externo aquello que pedía ser comprendido de forma *puramente espiritual*; pues es el destino de toda verdad que llega a esta Tierra el poder brillar en su pureza solo por breve tiempo, y ser captada únicamente por unos pocos con una claridad diáfana, hasta que termina por convertirse en «bien común» bajo una distorsión demasiado terrenal.

---

<sup>9</sup> N. del T.: Mateo 22:21, RVR. Reminiscencia del pasaje bíblico sobre la necesidad de reconocer y honrar lo que es propio de cada esencia, lo Masculino y lo Femenino: «Dad, pues, a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios».

Para que la «mujer» pueda «sanar» en el «hombre», y el «hombre» en la «mujer», ambos, tanto el hombre como la mujer, deben ascender por el camino hacia el Espíritu —*mediante un entendimiento desde el alma y unidos en voluntad*— tal como una vez *perdieron* juntos el elevado mundo de manifestación espiritual.

Apenas cabe dudar que, fruto de la comunión de las almas en su aspiración hacia el Espíritu, también caerá algún rayo de luz sobre los problemas de la vida exterior, los cuales hasta entonces angustiaban tanto al hombre como a la mujer y les resultaban casi insolubles.

En esa meta que ya es alcanzable para *todo aquel* que en la Tierra anhela alcanzarla con seriedad y perseverancia —*el Dios «viviente» en el propio corazón*—, el hombre y la mujer serán finalmente arrebatados por las más elevadas fuerzas que fluyen en toda época a través de aquellos pocos de quienes el *Amor divino* se sirve para conducir hacia lo alto cuanto anhela la *Luz* y la liberación de la noche caótica de una voluntad incierta.

Con mayor certeza de lo que jamás podría lograr la enseñanza escrita o hablada, todos los buscadores sinceros son guiados desde aquellos mundos de Luz clara —esos que, de entre todos los que viven aquí en la Tierra, solo los Maestros del Conocimiento Cósmico son capaces de hollar conscientemente, conociendo y obrando desde tal saber, aún durante sus días terrenales.

Una vez redimidos de las ataduras terrenales, el «hombre» y la «mujer» —manteniendo la más perfecta conservación de su singularidad individual y en una marcada diferencia polar como dos seres espirituales distintos— estarán, no obstante, *unidos en un solo «Yo»*. Pues en el recién nacido ser humano espiritual, el «Yo» particular de ambos coincidirá *plenamente*, y cada «Yo» individual experimentará en su interior el «Yo» del contrapolo de igual modo que al propio.

Lo que era *dos* y *desunido*, permanecerá en un *Tercero* —como un ser espiritual nuevamente unificado, compuesto de «hombre» y «mujer»— unido por toda la eternidad.

A fin de poder brindar *ayuda y dirección*, para que tal meta sea alcanzada algún día por todo hombre y toda mujer tras su paso por este mundo —para enseñar *cómo* aprovechar esta vida y cómo *evitar* el despilfarro de energías y los desvíos—, los Maestros del Amor y del Conocimiento Cósmico nacieron a esta existencia terrenal.

¡*No* es la capacidad de conocimiento *terrenal* que estos pocos poseen lo que los hace aptos para servir como ayudantes a sus prójimos!

¡*Ni el «talento» ni el «saber»* hacen de ellos *lo que son*!

¡Ninguna *perspectiva terrenal* les proporciona la *visión profunda* del acontecer espiritual!

¡Todo su *«conocer»* es una *amorosa compenetración*!

¡Todo su *«saber»* es una certeza desde el *ser espiritual*!

*Solo ellos* son capaces de recorrer *aquel «Camino del Hombre»* que conduce hacia el *obrar despierto y consciente en el mundo del puro Espíritu substancial* —y solo desde esta *región espiritual* proviene la *ayuda* que los «Radiantes de la Luz Primordial» brindan a los demás seres humanos.

# EL MATRIMONIO

Una cosa es la *unión sexual* entre hombre y mujer en esta Tierra —y otra es el *matrimonio*.

Para aquel que reconoció el *misterio* que rodea al hombre y a la mujer —un misterio que se eleva hasta las regiones más internas del Espíritu puro, hasta la *Luz Primordial* misma—, considerará sagrada la «*monogamia*» que liga a *un* hombre con *una* mujer para la vida en esta Tierra.

¡Dichosos aquellos que, ya en esta vida terrenal, encuentran en el *matrimonio* a su propio y *eterno contrapolo* —aquel polo complementario con quien habrán de unirse eternamente en un *solo ser* en el Espíritu—, pues con él *estuvieron* ya unidos una vez, *antes* de la desunión!

A muchos les puede haber sido concedida tal «dicha» sin que tengan consciencia de ello —mas no deja de ser una «dicha» especial—, pues los caminos de los desunidos no discurren, de ninguna manera, de forma paralela como para que tal reencuentro pueda ocurrir *con frecuencia* aquí, en la Tierra.

En un gran número de matrimonios, se han de encontrar entre sí *polos* que *no* proceden del mismo ser espiritual.

Sin embargo, si por libre voluntad se han unido para esta vida terrenal, ambas partes asumen el *deber* cósmico de considerar su vínculo *tal como si ya hubieran estado unidas* hace eternidades y ahora se estuvieran *uniendo de nuevo* por toda la eternidad —como un solo ser espiritual.

Aquí, en la Tierra, solo quienes han «despertado» plenamente en el Espíritu pueden saber con certeza si su contrapolo *terrenal* es, a la vez, su *propio contrapolo eterno*.

En el confuso enredo de esta Tierra, el engaño acecha por doquier.

Hay quienes, según mis palabras, se creen «recontrados», *sin* serlo en realidad —y hay otros cuya disparidad de pensamiento y sentir adquirida en la Tierra los induce a sentirse *extraños* entre sí, siendo, sin embargo, los polos de *un* solo ser espiritual otrora desunido...

¿Quién, que no pertenezca a los «despiertos» del Espíritu, osaría decidir aquí a la ligera?!

Por ello, el más elevado *deber cósmico* exige actuar —en todo caso de unión por libre elección— *como si* ambas partes estuvieran *seguras* de que antaño llevaron una sola vida espiritual, y de que habrían de hallar esa vida espiritual eternamente reunidos en el Espíritu.

Toda relación entre hombre y mujer es reprobable si no existe la intención consciente de comportarse de tal suerte.

«Lo que hagan al más humilde de mis hermanos, eso me lo han hecho a mí»<sup>10</sup>, dijo una vez el Maestro, de quien dan fe los sagrados libros.

Mas de la misma manera cabe decir: ¡cuanto hagas a tu contrapolo masculino o femenino aquí, en la comunión conyugal de esta vida terrenal, *a ti mismo* te lo haces —se lo habrás hecho, en *todo* caso, a *tu propio* contrapolo espiritual— ya sea que aquí en la Tierra lo *hayas hallado* realmente o no!

Eres tú *mismo* quien se *forma* espiritualmente en esta comunión conyugal en la Tierra; y cuanto *más perfecta* sea esa formación de ti mismo —según el elevado modo que exige tu *eterna* vida como ser espiritual *dual*— más pronto podrás trocar la inquieta vida *desunida* por la *unificación* que te devolverá eternamente a tu contrapolo, en el cual *te reencuentras a ti mismo*.

Ningún esfuerzo, ninguna paciencia ni dominio de ti mismo que debas movilizar en tu matrimonio se pierde, pues todo lo que logres conquistar en tu propio ser, lo habrás ganado *por toda la eternidad*.

En esta existencia terrenal, en todo lugar, el *uno* intercede por el *otro*.

Tu conducta hacia tus prójimos mostrará inexorablemente sus *consecuencias*, y tales consecuencias corresponderán a tus *actos*.

Si alguna vez infligiste un *mal* a un ser humano, no podrás —con ninguna astucia ni cautela— evitar jamás que ese *mismo* mal te suceda a ti. Da lo mismo si te lo inflige *aquel* a quien tú dañaste o si otro ocupa su lugar. Da lo mismo si es la misma *forma* de mal la que te pesa o si el mal retorna

---

<sup>10</sup> Cf. «Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis» (Mateo 25:40, RVR).

a ti bajo una forma *diferente* —siempre corresponderá *exactamente* al grado del mal que tú mismo has creado.

Quien te lo inflige solo ocupa *el lugar de aquel* que fue *afectado* por tu acción, aun cuando *esa persona* a la que dañaste te haya *perdonado* de corazón hace tiempo y jamás fuera capaz de buscar *por sí misma* la retribución del mal...

Podrás *encontrar* el *perdón*, pero jamás podrás huir de tu «karma», de las *consecuencias* de tu acción.

¡Quizá triunfes ahora porque *de momento* no te alcanzan las consecuencias, pero no te alegres demasiado pronto!

¡Aunque pasen décadas, algún día habrás de experimentar *tú mismo* lo que les hiciste experimentar a *otros*!

Y si la compensación no encuentra su momento oportuno en tu *existencia terrenal*, habrás de experimentarla un día, exactamente de la misma manera, en *otra* forma de existencia, pues aquí no hay huida posible.

Lo mismo que aquí se ha dicho sobre el mal que infligiste a otros, vale por igual para todo lo *bueno*, para cada acto de amor, por oculto que sea, con el que hayas alegrado a los demás.

Las consecuencias son imparables, y no necesitas conocer hoy a la persona que un día les servirá de instrumento...

Tarde o temprano entrará en tu vida, y ni ella misma sospechará que, en su proceder, es solo la ejecutora de las consecuencias que tú mismo has creado, tanto en el bien como en el mal que te dispense.

De la misma manera, tú mismo crearás la consecuencia *para ti* mediante tu conducta hacia tu contrapolo *terrenal*, a quien, por libre decisión, te uniste en su día para compartir una vida «matrimonial».

Sin embargo, solo habrás de experimentar la verdadera y última consecuencia *cuando* te hayas *despojado* del ropaje de la Tierra, cuando —ya en tu forma *espiritual*— aspire hacia lo alto, hacia aquella cima de luz de la *eterna* unión con tu contrapolo *espiritual*, de quien fuiste separado en su día. Ya sea que este haya estado ligado a ti en *matrimonio* aquí en la Tierra, o que haya sido *otro* espíritu humano quien te acompañara en tu existencia terrenal.

Y si por toda tu *bondad* en tu matrimonio solo recibieras el mal, si tu bondadosa intención *no* hallara *jamás* comprensión, aun así no habrás sido defraudado —pues solo de *ti* depende el «karma» que te forjas, y tu contrapolo terrenal no puede arrebatarte ni un ápice de la formación que así hayas dado a tu propio ser...

Todo el bien que le hagas *a él*, se lo habrás hecho a tu propio contrapolo *eterno*, con quien un día te unirás para llevar *una vida espiritual en comunión*. Ya sea que la persona con quien hoy te une el *matrimonio* sea realmente el complemento de tu ser, o que quien te acompaña sea un polo espiritual que solo tras milenios hallará su verdadero contrapolo en la existencia *espiritual*.

«El matrimonio», en su sentido más elevado, es solo la preparación del *polo individual* desunido para la vida de *polaridad dual* del espíritu humano unificado, «hombre y mujer», en la eternidad.

No *huyendo* cobardemente de las dificultades de la preparación, sino buscando *superarlas*, alcanzarás ya en la Tierra el nivel más alto de plenitud espiritual que le es posible al ser humano.

Solo con suavidad y cautela quisiera hablar en este punto, además, del misterio que envuelve a ambos contrapolos, hombre y mujer, incluso en su naturaleza *animal*, mediante el equilibrio *físico* de las polaridades.

Lo que puede ser cruda lujuria y lasciva indecencia de dos «animales humanos», puede también convertirse en la «llave» que abre las puertas más secretas del *alma* y permite entrar en el *santuario supremo*...

Al igual que el fuego puede *brindar luz y calor*, pero también *destruir* hogar y bienes, así las fuerzas del deseo sensual pueden convertirse en *corceles alados ante el carro triunfal del Espíritu*, siempre que un «auriga» vidente sepa conducirlos —pero también pueden transformarse en demonios portadores de desgracia.

Solo en el más elevado amor *espiritual* debe consumarse la unión de los polos *físicos*, si es que esta ha de *liberar* las altas fuerzas espirituales que dormitan en la manifestación *terrenal* del ser humano.

Pero entonces *puede* acontecer en tal unión un «milagro» que siempre vuelve a rozar la *más elevada espiritualidad*, y quienes lo *experimentan* alcanzan *juntos* consciencia de sí mismos en esferas del *Espíritu* que la fantasía de ningún poeta podría presentir jamás.

No me está permitido decir *más* sobre estas cosas.

A quien esté *maduro* para transitar sin peligro por el *más sagrado de todos los caminos terrenales*, le bastará una breve indicación para alcanzar la elevada meta divinamente transfigurada.

¡Pero que cada cual que lea esto se examine si está dignamente preparado para entrar con corazón puro en *lo más sagrado* del cosmos visible —pues en ningún lugar se castiga a un «profanador» de forma tan terrible y pavorosa como aquí!

El matrimonio es una unión de dos *espíritus* y de dos *cuerpos* —pero en su existencia corporal, el hombre y la mujer poseen una *fuerza espiritual* por la cual los mismos «dioses» podrían envidiarlos.

¡Un «todo» habrás de ser algún día, unido a *otro* «todo» —y aún eres solo una «parte»!

¡*Para convertirte en un «todo» puede ayudarte mucho el poder mágico del matrimonio, si aprendes a valerte de él!*...

¡Ciertamente, el matrimonio desea también *al hijo*, sin embargo, el hijo no es, en modo alguno, la máxima plenitud de sentido del matrimonio!

¡Que puedan procrear y dar a luz *hijos* no garantiza que su unión carnal sea un *matrimonio*!

El *matrimonio* existe solo allí donde dos polos individuales del mundo de manifestación *espiritual* —separados de su contrapolo en lo terrenal— aspiran de nuevo a representar *una unidad dual*.

Si bien el hijo al que un verdadero matrimonio da la vida se halla en él más seguro que en parte alguna, lo cierto es que el sentido del matrimonio no reside solo en ofrecer a la generación venidera vida, cuerpo y sustento, enseñanza y educación.

¡Ante todo, el matrimonio debe fomentar el crecimiento de *aquellos* que se hallaron el uno al otro en la unión matrimonial!

¡Sea su *matrimonio* contraído por *su propia decisión*, pero *el hijo* les será *el acreedor de su deuda con el futuro*!

## EL HIJO

A cada hora nacen seres humanos en esta Tierra y, sin embargo, el ser humano que siente se encuentra hoy todavía, al igual que en los tiempos primigenios, ante un misterio...

No de modo distinto al *animal*, ciertamente, entra el nuevo ser humano en esta existencia cuando se separa del cuerpo materno, que le ha preparado el cuerpo de la Tierra.

Incluso la sensibilidad más embotada se ve sacudida por un instante ante el milagro eternamente nuevo, al ver que un ser de su especie sale a la luz y al escuchar su primer grito.

Muy pronto, lo nuevo se manifestará como una *consciencia propia*, y con asombro el ser humano contempla aquí una *voluntad* nueva que, aunque en *aparición* solo ha surgido de *él*, solo *se quiere a sí misma*, por necios que parezcan los medios de que se vale para afirmarse en su entorno.

Finalmente, el ser humano ha de reconocer que tales medios son, después de todo, los únicos *acertados*, pues sirven en perfecta correspondencia a las fuerzas que el nuevo ser vivo ya domina.

Cada nuevo año de vida trae una *nueva* revelación de esta voluntad, *nuevos* medios para hacerse valer —y, finalmente, se alza ante nosotros *un ser humano como nosotros*, que a menudo nos compele al reconocimiento de que sabe gobernar *fuerzas espirituales* que nosotros, en vano, jamás lograríamos dominar...

El milagro no cesa *cuando* se logra acercarse a la consciencia, con mirada lúcida, uno solo de estos eslabones —y cada *nuevo* ciclo de nacimientos crea aquí *nuevos* prodigios ante los cuales el ser humano se halla a menudo perplejo, pues no sabe desentrañar si lo que allí ha acontecido es para bien o para mal.

Tampoco lograrás jamás descifrar el enigma que interroga desde los ojos de un niño, si no reconoces claramente que aquí te sale al encuentro *algo absolutamente nuevo*.

**Buscas demasiado de *ti mismo* en tu hijo —demasiado te dejas seducir por las *semejanzas corporales* que tus ojos encuentran, ves también tu propio carácter en sus *dotes* o en sus *defectos*, y te sientes inclinado a proyectar todo esto al *ser espiritual que se te ha confiado en tu hijo*.**

Cierto es que el *ropaje terrenal* en el que tu hijo se te entrega ha sido edificado con *tu sangre y tus células*, y que físicamente le otorgas una herencia de siglos como posesión propia.

Con ella, tu hijo recibe ciertas *fuerzas de esta Tierra* a las que llamas «espirituales», pues aún no eres consciente *de la plenitud de fuerzas profundamente misteriosas que alberga este cuerpo terrenal* —y son *solo estas* fuerzas las portadoras de aquellas cualidades que siempre te seducen a reconocerte demasiado en tu propio hijo.

En este cuerpo terrenal, y aprendiendo a tocar sus fuerzas más incomprensibles como si fuera un arpa, habita algo que no es de esta Tierra...

Ese «*algo*» te observa desde los ojos de tu hijo y busca en ti el mismo «*algo*», que *quizá* se ha hecho *amo* en tu cuerpo, pero que *mayormente* está *sometido y encadenado por las fuerzas corporales*.

Ese «*algo*» es *el ser humano del Espíritu puro*, que aquí se *une* al animal humano de esta Tierra en una de las formas *más profundas* de su manifestación, y solo encuentra «redención» en la Tierra cuando vence a este «animal».

Ese «*algo*» *no* es una herencia que tu hijo deba agradecerte, aun cuando quisiera reconocerte la formación hereditaria de las circunvoluciones de su cerebro.

Proviene de las *mismas alturas* que el ser humano espiritual que habita en *ti*, a quien quizá jamás has reconocido como *tu verdadero* ser. Tal vez lo has *violentado* de tal modo a través de las fuerzas propias de tu cuerpo, que ya no *sospechas* ni el menor rastro de su existencia, y en tu interior te crees idéntico solo a *esas sutiles fuerzas corporales* que, en la mayoría de los seres humanos, han suplantado a su consciencia *espiritual*.

Desde el ojo de tu hijo él escruta tu rostro, aun cuando ese ojo no sea todavía para él un instrumento bien dominado, y busca si acaso hallase en esta Tierra a sus semejantes libres de *cadena*s...

Tienes motivos de sobra para sentir *reverencia* ante tu propio hijo, en tanto el *ser humano espiritual* en ti no sea *completamente amo y señor de tus sutiles fuerzas corporales*, pues desde el ojo de tu hijo, él te contempla todavía con su *pureza original*.

En *tus* manos ha sido ahora entregado su destino.

Depende casi por completo de *ti* que este ser humano espiritual pueda ahora aprender a dominar libremente en tu hijo *aquello* que tú le has legado como herencia corporal. A menos que se trate de alguna de esas raras excepciones ya mencionadas en otro lugar<sup>11</sup>, este ser *nunca antes habitó esta Tierra, jamás regresará* y se manifiesta de forma *única* en cada nuevo ser humano.

Si estás tan prendado de *ti mismo* y de tu propia naturaleza que solo quieres volver a verte a *ti* y a *tu estirpe* también *en tu hijo*, difícilmente actuarás de tal modo que el nuevo ser espiritual que se te ha *confiado* llegue a ser el soberano de todo aquello que debe aprender a dominar...

Sin embargo, ante las leyes cósmicas, *jamás* tienes el derecho de hacer de tu hijo un simple *espejo de ti mismo* —pues lo *más sagrado y elevado* que se manifiesta en este ser se eleva infinitamente por encima de *toda* la grandeza que le otorgaste como herencia corporal...

¡Pero eso no es todo, pues ambos se vinculan también mediante fuerzas del alma de un pasado remoto que no alcanzaron su *pleno despliegue*, y que ahora buscan *manifestarse* en tu hijo!

¡Tampoco *estas* fuerzas le diste a tu hijo como herencia!

A los seres que *en este sentido* son los «*ancestros*» de tu hijo, solo podrás vislumbrarlos cuando el ser humano espiritual en ti ejerza tal dominio que se *identifique conscientemente contigo* y te enseñe a «ver» lo que ningún ojo de esta Tierra ve.

¡No tienes *derecho* a atribuir a *tu herencia de sangre* las *fuerzas del alma* de tu hijo cuando estas encierran dones elevados! — ¡No tienes derecho a *limitar*, ni mucho menos a *subyugar*, las fuerzas del alma de tu hijo si *no* corresponden a tus deseos!

Los *derechos* que te han sido otorgados frente a tu hijo según las leyes cósmicas, tienen límites *muy estrechos*.

---

<sup>11</sup> N. del T.: Se refiere a lo expuesto en «*El Libro del Dios Viviente*» y «*El Libro del Más Allá*».

*Solo posees los derechos de un anfitrión a quien un noble huésped concede el honor de encomendarse a su protección, hallándose este en una situación que le impide protegerse por sí mismo.*

¡Toda «educación» de tu hijo debe nacer de *este* conocimiento; de lo contrario, obrarás *mal* aun teniendo buena fe, allí donde esperabas lograr *lo mejor!*

Un *ser humano espiritual* se te ha *encomendado*, a quien solo pudiste prepararle el *cuerpo* como la morada que ha de servirle en la Tierra.

Él mismo trajo *consigo* sus tesoros, y *no* los recibe de *ti*.

Lo que él espera de ti es *únicamente* que le brindes *protección* y *alimento*, y que le ayudes a procurarse, en la morada que le has dado, *los servidores* que necesita para ejercer su dominio aquí en la Tierra.

**Bien** sé que estas palabras resultarán poco gratas para muchos que se arrojan casi «*un derecho de vida y muerte*» sobre su hijo.

Incluso habrá quienes, dedicados a la «educación», arrojen este libro a un lado poseídos por una «justa ira».

Mas deberían considerar que sé de sobra que ese niño a quien deben «educar» y enseñar, suele estar ya *corrompido* desde la raíz por la «disciplina paterna».

Me dirijo aquí, *ante todo*, a *quienes* dieron *sangre* y *vida* al hijo. Hablo de ese hijo que *aún no* ha sido *despojado de su derecho primordial* por una falsa concepción de los «*derechos paternos*», y que *aún no* ejerce *la venganza* que, inevitablemente, todo hijo *debe* emprender como defensa en cuanto —por culpa de sus padres— el *ser espiritual en su interior es amordazado* y sus *fuerzas del alma son encadenadas al yugo de la herencia de sangre*.

Tu hijo puede ser para ti *un sabio maestro*, si sabes *observar* cómo el *puro ser espiritual* en su interior pugna *siempre* por atravesar todas las envolturas que le has brindado en lo corporal.

Tu hijo puede ser mucho *más antiguo* que tú mismo, merced a aquellas fuerzas del alma de tiempos remotos que en él vuelven a unirse, y que aspiran a alcanzar, a través de un espíritu humano, una *unión permanente*.

No puedes esperar que tu hijo te *honre*, si él se halla en un plano *mucho más elevado* que el tuyo...

¡No creas que puedes someter impunemente a tu hijo a las ataduras espirituales que te complacen, solo porque él, como ser humano, aún ignore quién es y desconozca su propia dignidad!

¡Hay algo en tu hijo ante lo cual *nada* permanece oculto!

Mucho más incisivamente de lo que quisieras creer, *cada mirada y cada palabra* quedará grabada en él *para siempre*, y aunque el hijo deba doblegarse exteriormente a tu voluntad, serás tú, al final, *el derrotado*, en cuanto tu imposición deje de ser vista meramente como *protección*.

La mayor fuerza de *tu brazo* no te da *derecho* alguno para desviar de *su* curso —mediante la violencia— a un ser al que solo has *brindado la vida corporal* bajo una forma determinada por ti, ni para forzarlo a seguir la senda de tu propia voluntad.

Bajo una justicia implacable, la ley del Espíritu sabe, finalmente, cómo hacerse valer.

Si has pecado, no habrás de asombrarte cuando tu culpa se manifieste un día con toda su amargura.

Cuanto más solícitamente atiendas a la *chispa divina* que se te ha *confiado* en tu hijo, tanto más volverás a vislumbrar *en ti mismo* esa chispa divina y, tal vez, aprendas *a hallarla verdaderamente* a través de tu hijo.

Sentirás entonces lo que *el Divino* quiso expresar con aquellas palabras tantas veces oídas: que todo aquel que anhele alcanzar en su interior el «Reino de los Cielos», primero ha de convertirse en «*niño*»<sup>12</sup>.

---

<sup>12</sup> Cf. «...os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos» (Mateo 18:3, RVR).

No es la «educación», el dinero o el conocimiento que das a tu hijo lo que él te agradecerá algún día —solo el haberle permitido *convertirse en aquel ser humano* que, según su naturaleza espiritual, pugnaba por manifestarse en él te hará merecedor de su *gratitud*.

Frecuentemente se encuentran en *un mismo* hogar varios hijos a los que —por ser «hermanos» según *la herencia de sangre*— se valora irreflexivamente como si fueran plantas de un mismo género; y sin embargo, para aquel que puede «ver» con los ojos del Espíritu, existen a menudo *entre ellos mayores* diferencias que las que se hallan entre pueblos de *razas completamente ajenas*.

No solo la manifestación del *ser espiritual* es *única* en cada niño y *distinta* a la de cualquier *otro* en este mundo terrenal, sino también las *fuerzas del alma* —que, al igual que los cristales, se cohesionan en torno a ese centro espiritual— crean en cada caso *formas completamente nuevas*, a menudo *prefiguradas* a través de muchas generaciones.

En *un* niño pueden actuar *fuerzas del alma* formadas antaño por un impulso de voluntad que perteneció a *un ser humano de regiones remotas*...

En *otro* niño actúan, tal vez, *fuerzas del alma* que deben su formación original a un ser humano que habitó esta Tierra *antes de que se pusieran los cimientos de las pirámides*...

Y las *fuerzas del alma de otro* niño fueron, tal vez, formadas por un ser humano que antaño se vio *obligado* a partir involuntariamente de la vida, o que murió *como mártir* de sus convicciones...

En la morada de un *pobre* puede nacer un niño cuyas *fuerzas del alma* hallaron antaño su forma en un *trono*; y en el hijo de un *rico* pueden pugnar por desplegarse fuerzas del alma formadas, en otro tiempo, por el impulso de un *vagabundo*...

Asimismo, los hijos *de una misma pareja* pueden albergar en sí *todas* estas configuraciones de formas —surgidas de las *fuerzas del alma* mediante impulsos de linajes largamente olvidados— *en todos los matices imaginables*...

Tu tarea será no reprimir —mediante una «severa disciplina» o violencia externa— las fuerzas del alma que sientas que provienen de impulsos *negativos*. Lo que lograrías de ese modo sería siempre un *engaño*, pues aunque más tarde tu hijo ocupara una posición social respetable y olvidara exteriormente esos impulsos, estos continuarían vivos *en su interior*.

Tu tarea será, más bien, *encauzar* esas fuerzas del alma de modo que, ya en la temprana juventud, *hallen* la expresión que persiguen, pero orientadas hacia fines que no resulten *lesivos* ni para tu hijo ni para los demás.

Se evitarían no pocas «deshonras familiares» si, tan pronto se advirtieran los *primeros indicios* de algo poco provechoso, nos dispusiéramos a «*encauzar*» de inmediato —con sabia paciencia— esas fuerzas del alma desfavorables hacia *rumbos acordes con su naturaleza, pero que no resulten destructivos*.

Esto depende de cada caso particular y se deberá decidir con cuidado, tras una ponderación sensata, qué *clase* de «desvío» resulta adecuado en cada circunstancia.

¡Pero que nadie se *engañe*!

¡Un impulso *no* queda *anulado* cuando, por temor al castigo, *no se atreve a manifestarse*!

Tampoco el objetivo es *aniquilar* las fuerzas del alma no deseadas, pues toda fuerza es *buen*a en sí y puede, si se encauza por las vías *correctas*, conducir a *la mayor bendición y a la plenitud humana*.

Me refería aquí únicamente a *aquellas* formas de las fuerzas del alma que, en su día, entraron en el mundo de la acción a través de impulsos *inferiores*.

Pero quizá también te parezcan «*no deseadas*» ciertas formas de las fuerzas del alma que deben su configuración a un impulso que habitó en un alma *noble y alejada de todo mal* —solo porque resultan *ajenas a tus propias fuerzas del alma y antagónicas a los impulsos* que cobran forma *en tu interior*.

Deseas ver *manifestadas* en *tu hijo* aquellas formas de las fuerzas del alma que *tú* mismo generas, y descubres que en él vive y actúa *algo completamente distinto*.

Aquí se te exige una elevada y sabia *renuncia* —aun cuando a menudo esta te demande lo *más difícil*— si no quieres convertirte en un *criminal* contra el alma de tu hijo.

¿Tal vez llevas ya largos años forjando bellas ilusiones y has predeterminado todo lo que tu hijo debería «llegar a ser» algún día?

Y ahora ves cómo todo aquello que habías erigido con la mejor intención, queda destrozado y destruido por la naturaleza propia de tu hijo, a la cual no puedes negarle tu respeto.

Aquí habrá de demostrarse *si el amor que sientes por tu hijo se dirige realmente al niño mismo* —a este ser humano nuevo y *único* que en esta Tierra solo debe aprender *su* propia vida— o si, en una inconsciente ceguera, *nunca* has visto *a tu hijo*, sino únicamente *a ti mismo* en tu amor...

Difícil te ha de resultar la decisión, pero si quieres proceder *con sabiduría y conforme a las eternas leyes cósmicas*, entonces has de ser capaz, por amor a tu *hijo*, de *olvidar* y *enterrar* tus *deseos*.

La Naturaleza te ha destinado como mediador de la vida corpórea en *esta* Tierra, para que la verdad del *ser humano espiritual*, en una infinita diversidad de formas, pueda salir a la luz y así redimirse de su anhelo por la profundidad.

¡Sé un *ayudante* de la Naturaleza, un *colaborador* de toda humanidad espiritual que, de *tu propia sangre*, recibe el *cuerpo de la Tierra*!

Así, ayudarás también de la mejor manera al *ser humano espiritual* en ti a alcanzar la «redención».

¡Así, *tus hijos* serán *guías hacia ti mismo* —*hacia tu* «Dios viviente» —*hacia la* «Vida» eterna!

Y si te resulta difícil creerme que a tu hijo solo puedes entregarle *el cuerpo de la Tierra*, entonces he de recordarte que, según la tradición terrenal, mucho se le atribuye ya al *Espíritu* cuando su causa reside aún, *únicamente*, en las fuerzas *corpóreas* terrenales...

¡Para el *despliegue* de estas sutiles fuerzas físicas hereditarias —que comúnmente suelen considerarse fuerzas del Espíritu—, resulta de suma importancia si el *ser humano espiritual* en tu interior ha alcanzado ya la soberanía, o si aún eres un esclavo de tu animalidad!

Sin embargo, son solo fuerzas *corpóreas* aquellas a través de las cuales puedes transmitir a tu hijo todo lo que él recibe de ti como «dotes» o «talentos».

¡Vela por que tu hijo pueda *bendecir* este legado!

# LA NUEVA HUMANIDAD

Mientras los seres humanos vivan en esta Tierra en cualquier tipo de asociación comunitaria, habrá siempre, una y otra vez, individuos *insatisfechos* con el *modo* de vida común que los vincula a otros. Sin embargo, la humanidad jamás encontrará una forma de Estado *perfecta*.

*El beneficio de uno será siempre el perjuicio del otro*, y siempre serán *pocos* los que estén dispuestos a *renunciar* a su provecho, aun viendo que este perjudica a los demás.

*No es posible* que surja jamás en este mundo un «Estado de Dios» capaz de unir a todos los seres humanos libremente *en el amor*. Pues esta Tierra fue antaño desacralizada *por el ser humano mismo* cuando, por temor a su propio poder, perdió la soberanía sobre ella.

Por mucho que en las teorías se proclame *la bienaventuranza de toda la humanidad en la Tierra*, la *realidad*, con absoluta indiferencia, *siempre se mofará* de tales teorías.

En todas las «repúblicas» habrá siempre «reyes» y «príncipes», y ningún «déspota» podrá jamás impedir que en su reino existan *ámbitos que su poder y su arbitrio nunca logren dominar*.

Jamás surgirá del «consejo de todos» una ley capaz de superar a aquellas sabias y nobles leyes que antaño fueron dictadas por los grandes «reyes» del mundo.

Siempre serán solo *pocos* aquellos a quienes la naturaleza otorgó el don y la fuerza para *ordenar* lo desordenado y *guiar* aquello que, *sin dirección*, no puede prosperar ni para sí ni para los demás.

Aún *más escasos* serán de hallar *aquellos* a quienes la naturaleza otorgó desde la cuna el derecho a *gobernar* —a gobernar sobre todo lo que no puede ni quiere ejercer el *dominio de sí mismo*.

En todos los reinos del cosmos, ya se abran a los sentidos *físicos* o a los *espirituales*, prevalece el sistema de la «jerarquía», prevalece la *subordinación* y la *supraordinación*, y tanto *menor es el número* de las potencias actuantes cuanto *más* lejos alcanzan su poder y su efecto.

También la vida comunitaria del *ser humano terrenal* está sometida a esta ley, y cualquier *arbitrariedad* que, con buena intención, pretenda instaurar la «igualdad», está desde el comienzo *condenada por sí misma* —recorre el sendero sembrado de desengaños que la naturaleza siempre

reserva a toda sabiduría humana que *aún no reconoce* su ley, o que la *menosprecia* aun habiéndola reconocido.

En *toda* forma de vida comunitaria humana sobre la Tierra, la jerarquía y la gradación pueden erigirse conforme al precepto de la naturaleza, y si esto no se *procura conscientemente*, la naturaleza *misma* construye lo que le es propio, sin miramiento alguno, por grande que sea el número de *víctimas* que la ley férrea exija...

Nada puede *evadirse*, nada puede lograrse de *otro* modo, donde la ley cósmica universal *ordena*.

No por haber nacido en un palacio real un ser humano se convierte en «rey», ni toda la sabiduría de un *filósofo* que desee ver felices a las personas bajo su mando bastará para hacer de él un «estadista».

La fuerza mística que verdaderamente crea «reyes» puede *preservarse* durante siglos en un linaje, mas debe *extinguirse* tan pronto como los *impulsos* que antaño *fundaron* en él una naturaleza «real» *hallen* su plena *expresión* en los hechos y en la vida. Ninguna defensa del mundo podrá entonces reemplazar mediante *otro* poder aquello que se ha extinguido, ni proteger ya un «reinado» puramente externo...

No obstante, no *todo* «rey» a quien *su país* *perdió* ha dejado por ello de vestir el *armiño de los reyes*, y, por el contrario, más de un trono real fue derrocado por un *enemigo* del poder «real» que seguramente no sospechaba ser *él mismo* un «rey» al que *su país* *no supo hallar*.

Es perdonable creer en una «evolución» en los asuntos de la configuración del Estado, pues el ojo humano es demasiado propenso a tomar su *entorno más inmediato* por «el mundo». Del mismo modo, al ser humano le cuesta considerar los tiempos que es capaz de abarcar como simples «segundos de eternidad».

Los pocos en esta Tierra que son capaces de avizorar un horizonte *más amplio* en el espacio y en el tiempo deben reconocer, *pese* a todos los aparentes argumentos en contra, que todo aquello que el ser humano considera «evolución» respecto al «orden estatal» no es más que una vana *ilusión*. La

humanidad, *tras milenios, continuará desangrándose en las mismas luchas por el predominio de unos u otros*, tal como sucede *hoy* o como ya sucedió *hace miles de años*, cuando sucumbieron culturas cuyos vestigios ningún investigador *ha logrado desenterrar jamás...*

Pronto «*el pueblo*» sucumbirá al delirio de creer que puede ser el «*soberano*» y de *governarse a sí mismo* —al «*soberano*»—, pronto habrá *reyes* en quienes no se hallará *nada* de la *verdadera «realeza»* ni de *su poder místico*, y querrán asegurar mediante las *armas* el trono que *no les pertenece*. Los destinos cambiarán una y otra vez hasta que los últimos seres humanos de esta Tierra —si la lucidez espiritual no lo impide todavía— se maten entre sí, pues el último animal habrá sido ya sacrificado y la última planta habrá muerto hace tiempo entre la arena y el hielo. Porque esta Tierra debe quedar inerte, y la *eterna «redención»* del ser humano terrenal solo *se manifestará en un nuevo ciclo del mundo*.

Ay de los «*últimos seres humanos*», pues entonces el relato de Caín y Abel se repetirá *por millares*, a menos que el ser humano tome consciencia antes sobre el hecho de que cada «*Tú*» es un «*Yo*» que busca encontrarse en él.

Cada uno de los pocos, a quienes el Espíritu y la elevada transmisión espiritual les iluminaron las inmensidades del tiempo y del espacio, coincide conmigo en este deseo:

¡Que tan solo *uno* de aquellos que, en los días presentes y venideros, esperan brindar a este mundo terrenal una felicidad duradera, fuera capaz de ver *lo* que nosotros —casi extinguidos por el dolor ajeno—, *debemos* aprender a ver con claridad!

Sin duda, quedaría paralizado por el espanto y, con una profunda vergüenza en el corazón, sepultaría sus sueños de porvenir en la sima más profunda del alma; nunca más buscaría *en esta Tierra* lo que su *Espíritu* le muestra y que él —preso de un delirio de error— solo cree realizable aquí, en esta mota de polvo llamada «Tierra».

Los sueños de estos benefactores del mundo están, *no obstante*, colmados de verdad; solo que la *dicha* que desean para la humanidad jamás podrá alcanzarse *en la Tierra*, jamás se manifestará por medios terrenales y jamás estará reservada *al ser humano de este mundo tal como ellos lo sueñan*.

¡Busquemos, por tanto, *otra* «nueva humanidad» —una humanidad que, aunque habita *en la Tierra* y *goza* de la vida terrenal en la medida de lo posible, hace ya tiempo dejó de ser *únicamente* «de esta Tierra»!

Debemos guiar al ser humano hacia una *f fuente* de felicidad *más profunda*, una fuente que mana *con mayor abundancia* si queremos situarnos, con auténtica *fraternidad*, al lado de aquellos «amigos de la humanidad» ofuscados *por el delirio de una felicidad terrenal*.

Debemos redimirlos de *sí mismos* y de sus *sueños*, si es que pretendemos poner al servicio de la humanidad la *verdad* que ellos intuyen oscuramente y pretenden confinar en edificios de pensamiento estériles.

Si bien *no* entra en el reino de lo posible que un ser humano verdaderamente justo logre jamás instaurar la *justicia para todos*, cada *individuo* puede aspirar a la *rectitud*, y con ello, ayudar a crear un equilibrio frente a la *voluntad de injusticia* que ni las fuerzas divinas podrían erradicar de esta existencia terrenal.

«La felicidad de la humanidad» es una felicidad de los *individuos* y alcanzable solo en el *alma* de cada ser humano.

La «nueva humanidad» que un día pueda surgir en esta Tierra, con toda certeza ya *no* esperará su felicidad *desde lo externo*. Comprenderá que las cosas de este mundo exterior son solo *lo que hacemos de ellas*, y que solo pueden *determinarnos* en la medida en que nos *dejemos* determinar...

El mundo *interior* del *individuo* debe convertirse en un mundo *de paz* y *de plena armonía* —*pues solo aquí* puede el ser humano hallar la *verdadera felicidad*.

Cómo *hallar* esta felicidad del individuo es lo que revela la enseñanza que se despliega en estos libros.

Que seguir sus indicaciones puede también hacer esa *existencia* mucho más feliz, nadie que haya comprendido que la vida entera en este mundo exterior no es sino el testimonio de la acción de fuerzas *invisibles* querrá negarlo.

Desde el *interior* debe germinar todo aquello que haya de traer una verdadera dicha a nuestra existencia terrenal.

En el *exterior* solo se manifiesta el *efecto* de aquellas fuerzas que anclan únicamente *en lo más profundo del alma*.

Quien intente mejorar las cosas desde lo *externo*, solo cosechará *éxitos aparentes* y brindará una dicha *pasajera* —su obra pronto colapsará, pues carece de las *fuerzas de la raíz* capaces de *sostenerla* en el mundo exterior.

¡Que este «Libro del Ser Humano» abra los ojos de tantos quienes, aun movidos por las mejores aspiraciones, hoy continúan malgastando sus fuerzas esperando alcanzar en el mundo exterior la «felicidad de la humanidad»!

¡Que quienes hoy, de sol a sol, mantienen la mirada puesta *hacia fuera* en busca de auxilio y salvación, miren por fin *hacia dentro*!

Solo cuando la *visión interior* sustituya al atisbo de lo externo, podrá la existencia de la humanidad llegar a ser, también en el *exterior*, digna del ser humano.

Solo entonces podrá *cumplirse* algún «sueño de futuro», el cual —por los medios que hasta hoy se suelen emplear— solo corre el riesgo de *disolverse* en bruma y niebla.

La «vieja humanidad» ha sabido someter al *mundo exterior* a su *servicio* —pero, al solo poder «someter» desde *fuera*, corre el riesgo de sucumbir ante las fuerzas que ella misma desencadenó para que la sirvieran.

La «nueva humanidad» ya no pretenderá forzar *desde lo externo* aquello que aprenderá a *guiar*, de forma mucho más fructífera, *desde lo interno*.

En *cada individuo* de la «nueva humanidad» se manifestarán *fuerzas* que eclipsarán *todo* aquello que el ser humano de la «vieja humanidad» admiraba con orgullo como un «logro intelectual», sin ser consciente en su fuero interno de que el *pensamiento* jamás podrá aprehender el «Espíritu». Ese Espíritu que, *actuando con la fuerza del rayo*, llena el mundo entero, y que *nunca* se someterá al ser humano mediante el pensar *ni* la mecánica externa, burlándose de la burla que el supuesto «espíritu» de tantos «pensadores» opone a su *realidad*.

Lejos de cualquier ilusión, sé con certeza que el *verdadero* Espíritu no podrá manifestarse en todas partes ni hoy ni mañana, pues la «vieja humanidad» ha cegado sistemáticamente todos los pozos a través de los cuales el ser humano actual podría hallar en su interior la profundidad donde susurran las fuentes de todo devenir.

Sin embargo, llegará un día en que esas fuentes *volverán* a brotar, y quienes entonces *puedan* abreviar en ellas, lograrán por la fuerza del verdadero Espíritu mucho de lo que hoy se persigue *en vano* con toda la potencia intelectual de los cerebros.

Pero ni siquiera *entonces* esta Tierra se convertirá en un «cielo», y fuerzas indómitas mantendrán siempre encadenada a la *mayoría* de la humanidad.

La «nueva humanidad» será un reino de *elegidos y llamados*, y ya *hoy* existen *individuos* que están fundando ese reino en su interior.

Es *posible* que *esta* generación al menos llegue a vislumbrar sus primeras huellas, pero *sin duda* los *hijos de nuestros hijos* conocerán un día sus fuerzas, tal como hoy conocemos *aquellas* fuerzas que

el ser humano de la «vieja humanidad» creía haber arrebatado a la naturaleza, porque supo ponerlas a su servicio con astucia, *desde el exterior*.

Sin embargo, los libros sagrados de antaño proclaman con razón un reino de los «hijos de la *luz*» y un reino de los «hijos de *este mundo*», regido por las fuerzas exteriores inconciliables, y Uno que en verdad podía saberlo dijo: «Los hijos de este mundo son *más sagaces* a su manera que los hijos de la *luz*»<sup>13</sup>.

¡Sería de desear que también «los hijos de *la luz*» fueran «*más sagaces*» a su manera y supieran *romper* el hechizo bajo el cual se hallan encadenados por los «hijos de *este mundo*»!

---

<sup>13</sup> Cf. «Y alabó el amo al mayordomo malo por haber hecho sagazmente; porque los hijos de este siglo son más sagaces en el trato con sus semejantes que los hijos de luz» (Lucas 16:8, RVR).

FINAL

Hemos visto, pues, al *ser humano* en todos sus caminos.

Lo vimos en su *origen*, cuando aún vivía en la *divinidad*, y vimos su «caída» desde el elevado resplandor.

Vimos cómo se unió al *animal* y cómo, en un exilio forjado por sí mismo, se afana por recuperar la dicha del origen.

Lo hemos acompañado por los caminos del *error* y en el camino hacia la *verdad*, y así hemos comprendido que esta Tierra no *puede* convertirse en el hogar del ser humano, y que era cierto lo que antaño un sabio supo decir:

«*Toda criatura aguarda la redención a través de los hijos de Dios*».<sup>14</sup>

Tú mismo, a quien aquí me dirijo —*tú mismo*—, eres un *ser humano*, y puedes llegar a ser un «*redentor de toda criatura*», un «*hijo de Dios*», uno de los «*hijos de la luz*».

Bien puedes también, si es que te basta, hallar tu parca alegría como un «*hijo de este mundo*», un cautivo de las cosas exteriores.

Toda decisión al respecto reside única y exclusivamente en *ti*, y nada podrá oponerse a tu voluntad una vez que tú mismo te hayas *decidido*.

Pero justamente esa *decisión* te resulta, tal vez, tan amarga y difícil.

*Deseas* aspirar a la meta más elevada, mas aún no *quieres*...

Si tan solo pudieras *querer*, la dicha del querer te arrancaría de toda duda con un clamor de júbilo.

---

<sup>14</sup> Cf. «Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios» (Romanos 8:19, RVR).

Mucho han pecado contra ti aquellos que te describieron el camino hacia la *Luz* como un camino de constante *renuncia* y *sacrificio*, pues así paralizaron de temor tu voluntad y la encadenaron a la Tierra.

Ves por mis palabras que has sido mal aconsejado, y que tu camino hacia la Luz nunca tiene por qué impedirte recoger las flores y los frutos exquisitos que crecen a la vera del camino.

Incluso aprenderás a *amar* de verdad la vida de esta Tierra *solo* cuando te sepas *en tu camino hacia la Luz*.

Tu camino hacia la Luz es tu camino hacia *ti mismo* y —hacia tu *Dios*, que permanece *velado* en ti.

Es el Dios «*viviente*», del cual hablo, y no un «dios» de cualesquiera idólatras.

Con suma facilidad se deja hallar *el «Dios viviente»* si *confías* en Él con valentía, *aun antes de conocerle*, pero tanto más se *alejara* de ti cuanto más temerosamente exijas «*pruebas*» de si realmente *existe*, y de la fuerza en ti para acercarte a Él...

Cuanto más te alejes así de Él, tanto más se te escapará de entre las manos hasta convertirte en presa de ese mundo exterior al que podrías *dominar* si estuvieras *conscientemente* unido a tu Dios.

Es solo un *acto de consciencia* el que te entrega la llave con la que puedes abrir todas las puertas que conducen a la más secreta sabiduría...

Vives, incluso *aquí* en esta vida exterior, *solo* en *aquel* ámbito que el conocimiento de ti mismo te desvela, y muchos que habitan *en un mismo lugar* son, sin embargo, conscientes de sí de formas *muy distintas*, en los más diversos mundos de vivencias que el reino del *mundo exterior* encierra.

Pero te has *encadenado* tanto a la existencia de estas *cosas exteriores*, que ya te puede parecer un «milagro» oír de un ser humano que puede *adentrarse conscientemente* en un plano superior que apenas *presientes*, pues tu consciencia solo vibra en ritmos *muy distintos* a los de *aquellas* ondas vibratorias que revelan a otros el reino de ese mundo superior...

Lo exterior es para ti la verdadera «realidad», y solo con *recelo* te diriges a *tu vida interior*, en donde crees que actúan *únicamente* la «imaginación» y la fantasía.

También *aquí* se aplica lo que dije antes —jamás podrás hallar la «realidad» en tu interior si no *confías* en ella valerosamente, incluso *antes* de conocerla...

Te alejarás *cada vez más* de la realidad cuanto más temerosamente receles del «engaño» y pretendas obtener primero «pruebas», allí donde la «prueba» solo te aguarda como *corona* de tu anhelo valeroso.

Obras con acierto, y tu consciencia te ha guiado bien, al exigir siempre «pruebas» en este *mundo exterior* antes de confiar en él, pues este mundo de las cosas externas es, en verdad, un mundo de engaño, e incluso las «pruebas» que puede ofrecerte *rara vez* están *exentas* de falsedad.

Estás tan habituado a buscar *seguridad* en un mundo de constante engaño antes de decidirte a actuar, que crees necesario el mismo recelo incluso en el mundo de la «realidad».

En *tu «verdad»*, que se volvió *incuestionable* para ti a través de «pruebas», hay tanto *engaño* —ya sea basto o sutil— que has perdido toda medida, y si alguna vez, encaminado tras el rastro de la *verdadera Realidad*, encuentras la *Verdad absoluta*, la ahuyentas con temor, pues crees hallarte preso en una vana ilusión y hace tiempo ya que eres esclavo de *tu propia «verdad»*.

¡Primero habrás de aprender a recorrer caminos enteramente nuevos antes de que puedas, algún día, alcanzar la Verdad tal y como *es* en realidad!

¡*Aquí* sería realmente *muy* necesaria una nueva valoración de todos los valores!<sup>15</sup>

No habrá fin para los «pensadores» que se fraguan de nuevo su propia «verdad», y si te conformas con una «verdad» meramente ideada, podrás hallar con ligereza *cualquier* forma que complazca a tus *pre-juicios* y a tu *sentido exterior*.

---

<sup>15</sup> N. del T.: Alusión a la «transvaloración de todos los valores» (*Umwertung aller Werte*) de Nietzsche (1888).

Pero si quieres llegar *a la Verdad misma*, tal cual es, y que *resplandece* en una *Realidad* eternamente nueva, entonces habrás de buscar *en ti mismo*, y solo en tu *interior* más profundo se te mostrará, algún día, la Verdad *desvelada*.

Solo entonces reconocerás con claridad lo que este libro pretende decirte.

En esta *nueva* forma, tal como ahora la sostienes en tus manos, he procurado dar *mayor claridad* a ciertos pasajes para que no pueda surgir duda alguna sobre cómo has de interpretar mis palabras, a fin de que te sean de bendición.

Mas ni siquiera la más clara forma de la palabra te será de mucho provecho si no aspiras en tu interior a elevarte, *tú mismo*, hacia una claridad luminosa.

Si *tú mismo* has alcanzado la claridad en tu interior, ninguna de mis palabras te resultará en lo sucesivo «oscura», pues lo que vengo a anunciarte es «Luz» *en sí misma*, y quien *anhele* la «Luz», *hallará* aquí lo que busca.

Reconozco de buen grado que, a menudo en este libro, he de hallar palabras para realidades *difíciles de explicar*, y que tales palabras solo se abren ante una *voluntad dispuesta a sentir*.

Mas si alguien te trajera noticia de una tierra donde el *oro* aguarda ser hallado, de seguro no habrías de reparar en que solo con dificultad pudiera describir el camino —que tú desconoces— hacia ella...

Pues bien —¡también yo te describo aquí un camino que ha de conducirte hacia una «tierra de oro»!

Vale el esfuerzo aprender a interpretar mis palabras en su justo sentido...

Y si no te falta el valor para *recorrer con alegría* el camino que te señalo, entonces hallarás verdaderamente —*en ti mismo*— *la más rica tierra de oro*, que nadie podrá jamás disputarte.

**¡ÚLTIMA ENSEÑANZA!**

Aquellos que quieren ayudarse  
¡deben ser del mismo linaje!

Los Hermanos en la Luz  
que te aconsejan  
¡son *humanos* como tú!  
*No* son seres insensibles,  
por nada impresionables,  
¡ni muertos para la vida!

Lo que los seres humanos *anhelan*  
es para ellos *sagrado*;  
mas sus ojos ven  
los fines *últimos*...

Todo anhelo  
en el *pecado* y *el error*,  
nos es develado  
como búsqueda *sin sendero*  
hacia *la eterna belleza*...

Por eso preparamos  
*senderos transitables*.  
Por eso guiamos  
el camino hacia *la Luz*,  
*comprendiendo*  
a los hermanos errados  
con *Amor*.

FIN